



La experiencia y el deseo de Dios

*Hermenéutica antropológica
de la vocación humana y cristiana*

Alain Guibert Alama Bogogo II

Alain Guibert Alama Bogogo II Sch. P.

**LA EXPERIENCIA
Y EL DESEO DE DIOS**

*Hermenéutica antropológica
de la vocación humana y cristiana*

La experiencia y el deseo de Dios. Hermenéutica antropológica de la vocación humana y cristiana

Autor: Alain Guibert Alama Bogogo II Sch. P.



Publicaciones ICCE
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid
www.icce.es

Responsable del equipo de traductores: P. José Pascual Burgués
publicaciones@scolopi.net

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**LA EXPERIENCIA
Y EL DESEO DE DIOS**

*Hermenéutica antropológica
de la vocación humana y cristiana*

La gracia salvadora de Dios, la fe del creyente que lleva a la salvación y el poder espiritual que inspira nuestras palabras, nuestras acciones y nuestras relaciones con el mundo son tres formas de liberación del miedo que nos aporta el Evangelio. Es necesario volver a ellos para emprender el camino de la refundación, con la plena libertad de los hijos de Dios que caminan, en la gracia del Espíritu, tras las huellas de Jesús¹.

1 SIMON-PIERRE ARNOLD, *Au risque de Jésus-Christ, une relecture des vœux*, Lessius, Paris 2007, p. 20.

Índice

Agradecimientos	7
Prólogo. Reflexionar sobre lo esencial	9
Abreviaturas	11
Introducción	13
Capítulo I. El hombre, una historia sagrada	17
Capítulo II. “Duc in altum”: una llamada a la metanoia	31
Capítulo III. Aquí estoy, envíame	45
Capítulo IV. Caminos futuros del plan divino	55
Capítulo V. Camino de la identificación: el legado de Calasanz	65
Capítulo VI. La experiencia y el deseo de Dios con María	75
Conclusión	83
Referencias bibliográficas	87

Agradecimientos

Agradezco a Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por guiarme con su presencia durante la redacción de este libro. Gracias a su amor, este proyecto se ha hecho realidad. También me gustaría dar las gracias a todos los que han contribuido de alguna manera a la realización de este libro. Mi primer pensamiento va dirigido al profesor Amaury Begasse de Dhaem, sacerdote jesuita y mi profesor en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, que aceptó sin dudar acompañar mi proyecto, haciendo sus correcciones, comentarios y sugerencias a través de una atenta lectura del manuscrito. Que San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús a la que usted pertenece, interceda por usted, profesor. Que San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, de la que usted es miembro, interceda por usted. Mi gratitud se dirige también a la Orden de las Escuelas Pías, de la que soy miembro hace varios años, por sus numerosos estímulos y acompañamientos. Pedro Aguado Cuesta, Superior General de la Orden, que me dio mucho apoyo y me concedió el *Nihil Obstat*, permitiéndome publicar este libro. Gracias también a mi Provincial, Evaristus Akem Ndi. Que San José de Calasanz, nuestro Padre Fundador, interceda por ustedes.

También quiero agradecer el estímulo y las valiosas aportaciones de los revisores anónimos de un primer borrador, cuyas opiniones favorables fueron indispensables para la realización de este libro. A todas estas personas les doy las gracias por sus comentarios, críticas y sugerencias que han contribuido a que este libro sea notablemente asimilable y accesible para todos. También a vosotros, queridos profesores de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, os digo gracias por los conocimientos adqui-

ridos. Mi investigación se ha visto enriquecida por su dedicación en el ejercicio de su responsabilidad como profesores y formadores. Has sido un pilar esencial en mi formación, en ese noble impulso de interdisciplinariedad que es la base de la Gregoriana en general y del *Centro San Pietro Favre per i Formatori al Sacerdozio y alla Vita Consacrata*.

Por último, me gustaría expresar mi gratitud a todos mis posibles lectores, especialmente a los jóvenes, cuyas vidas se verán más afectadas y transformadas por este libro. Tú eres mi principal objetivo, mi principal motivación. Encontrad aquí mi renovado afecto y mis oraciones, para que obtengáis la gracia del valor para seguir adelante en vuestras vidas, en unión con el Señor que siempre os llama. Que San José de Calasanz interceda por ti.

Alain Guibert Alama Bogogo II Sch. P.

PRÓLOGO

Reflexionar sobre lo esencial

Cuando leí el libro que tienes en tus manos, escrito por el P. Alain Guibert Alama Bogogo II Sch.P., rápidamente me di cuenta del título que debía poner al prólogo que el autor me encargó. Efectivamente, el trabajo del P. Alain es una valiosa aportación a uno de los desafíos más importantes que los hombres y las mujeres de hoy tenemos planteados: *reflexionar sobre lo esencial*.

¿Cuál es el significado de la búsqueda de Dios? ¿Cuáles son las claves que nos pueden ayudar a entender el profundo deseo de Dios que vive en el fondo del alma de cada uno de nosotros? En un mundo como el nuestro, en el que muchas personas se plantean una vida alejada de la fe, se hace más necesario que nunca que nos atrevamos a reflexionar sobre lo esencial, sobre lo que significa la búsqueda del querer de Dios para cada uno de nosotros.

Y esta es la tarea que aborda el autor en este libro, breve y profundo. La temática es abordada con rigor académico y con sentido pastoral. Son dos dimensiones que podemos esperar del trabajo de un escolapio. Igualmente, las referencias finales a San José de Calasanz y a María, son tan convenientes como calasancias.

Invito a leer este libro con interés, y espero que el P. Alain siga adelante con este tipo de estudios y reflexiones. Necesitamos entrar a fondo en lo que nos define como personas y como hijos de Dios para poder también ayudar a los demás, sobre todo a los jóvenes de hoy, a acercarse al misterio con el afán de descubrir lo que significa ser cristiano.

Gracias, P. Alain, por tu trabajo. Espero y deseo que puedas seguir aportando tu reflexión al conjunto de las Escuelas Pías y a todas las personas que quieren seguir reflexionando sobre lo esencial de la vida humana. ¡Gracias!

¡Buena lectura!

P. Pedro Aguado Sch. P.

Abreviaturas

C:	Constituciones (de la Orden de las Escuelas Pías)
CPB:	Comisión Pontifical Biblica
COL.:	Coleccione
LG:	Lumen Gentium
GS:	Gaudium et Spes
DV:	Dei Verbum
RH:	Redemptor Hominis
CCC:	Catecismo de la Iglesia Católica
VC:	Vita Consecrata
NMI:	Nuovo Millennio Ineunte
SRS:	Sollicitudo Rei Socialis
PP:	Populorum Progressio
VD:	Verbum Domini
AM:	Africae Munus
EG:	Evangelii Gaudium
CV:	Christus Vivit
CDF:	Congregación por la Doctrina de la Fe
MR:	Missal Romano

Introducción

A pesar de la plétora de ideologías contemporáneas que buscan a toda costa arrebatarse al hombre toda idea de Dios y todo valor religioso y moral, a pesar de las promesas que se le hacen cada día de encontrar su realización total en las cosas de este mundo, sigue habiendo en esta criatura divina la esperanza y la certeza de la presencia ininterrumpida de Dios en su historia personal. Al crear al hombre a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,26-27), Dios quiso que fuera dócil a su amor. Y cuando el pecado entró en el mundo, envió a su único Hijo Jesucristo entre los hombres para su redención y para otorgar la adopción divina por medio del Espíritu (cf. Ga 4,5). No cabe duda de que toda criatura humana está dotada de una inteligencia que la impulsa a cuestionar su existencia, por compleja que sea, su identidad y sus aspiraciones, y de una libertad que le permite decidir, a veces por su cuenta y riesgo, lo que pretende ser. Discernir la vocación significa, pues, aprovechar las oportunidades que se revelan al hombre, el proyecto de Dios para uno mismo y para sus semejantes.

El título de este libro contiene en sí mismo un sentido revelador de la orientación que he pensado dar a mi reflexión. Es una pregunta de pedagogía vocacional la que pretendo ofrecer al lector, partiendo de una experiencia atípica: la de Simón Pedro en el lago de Genesaret en Lc 5, 1-11. Tal pedagogía, como la llamó San Agustín en su tiempo, es la “creación del espíritu”². Es esta creación del espíritu agustiniano la que ha guiado mi decisión de reflexionar sobre el

2 AUGUSTIN, *Les Soliloques, Le manuel et Les méditations de Saint Augustin*, Trad. Nouv. sur le Latin, Guillaume Desprez, Paris, 1696.

tema de la antropología vocacional en el corazón de la experiencia y el deseo de Dios. Es también un deber de conciencia pastoral hacia los niños y los jóvenes, por los que siento una gran estima, como religioso, sacerdote y educador escolopio; así como hacia todos los hombres y mujeres de buena voluntad, que desean experimentar a Dios como Simón Pedro y sus dos compañeros. Este despliegue del espíritu me recordó mi propio viaje vocacional. Si la vocación es, por una parte, una llamada personal, hay que señalar que es también una realidad objetiva, que guía a cada individuo al encuentro con el otro. En otras palabras, la vocación se entiende como una experiencia relacional, porque es la llamada para el otro y la llamada al otro.

Dicho esto, descubrir la propia vocación, percibirla y definirla, es una de las preocupaciones más importantes en la vida de toda persona; y a veces, una de las experiencias más difíciles de la vida. Cada uno de nosotros se ha planteado al menos una vez a lo largo de su vida preguntas como “¿Quién soy?”, “¿Por qué me creó Dios?”, “¿Adónde voy?”, “¿En qué quiero convertirme?”. Incluso el fundador del criticismo y de la doctrina del “idealismo trascendental”, Immanuel Kant, abordó estas dudas en su época a través de cuatro preguntas esenciales que marcaban las cuatro divisiones del universo filosófico: “¿Qué puedo saber?”, “¿Qué debo hacer?”, “¿Qué puedo esperar?” y “¿Qué es el hombre?”. Para este filósofo, la primera pregunta se refiere a la teoría del conocimiento (la búsqueda de una verdad última y un método para pensar, identificar y comprender mejor el mundo). Esta primera pregunta se refiere a la epistemología. La segunda instancia se refiere a la acción del hombre como ser creado que da sentido a su vida. ¿Es libre de elegir el bien o el mal? Esto es moral o axiología. La tercera pregunta, a su vez, cuestiona la existencia de la salvación y, si es así, su necesidad. ¿Debe el hombre esperar una supuesta salvación “eterna” tras su paso al mundo de los seres visibles? Esto es metafísica. Y la cuarta pregunta, “¿Qué es el hombre?”³, encuentra algunas de las ideas que desarrollaré más adelante en mi texto. Aunque esta última cuestión no tenía todavía la forma de una teología cristiana, tal como se emprende y formu-

3 Cfr. EMMANUEL KANT, *La religion dans les limites de la simple raison*, Gallimard, Paris, 1794.

la hoy, es, sin embargo, la base de una antropología trascendental, que sitúa en el centro de la reflexión el intento de una definición ontológica del hombre y de su relación con Dios. Durante el siglo XXI, la Iglesia católica volverá a situar el asunto del destino del hombre en el centro de sus reflexiones. Un documento reciente se titula: ¿Qué es el hombre? Un itinerario de antropología bíblica⁴.

Esta es la pregunta ineludible que expresa el deber natural del hombre: buscar a Dios que se le ofrece. Además de su destino, se pregunta sobre la condición humana, su esperanza, su experiencia y deseo de Dios, sus dudas... Y hablando precisamente de la experiencia de Dios, el español Jiménez Duque, en su aproximación fenomenológica a la vocación cristiana, decía que “es un conocimiento inmediato y directo de un objeto necesariamente concreto, intencionalmente interiorizado, con el que se mantiene una relación y se entra en comunión vital”⁵. De hecho, cualquier intento de definir la vocación solo conduce a esta realidad; no es otra cosa que esa experiencia que hace que el hombre entre de corazón en corazón con la sorprendente y concreta realidad que es Dios. Porque es en el desarrollo de esta experiencia donde el hombre, como ser contingente, escucha la palabra de Jesús, como Simón Pedro en la orilla del lago de Genesaret: “Rema mar adentro”; y esto solo es posible mediante la fe.

Esta obra, apoyada en las ideas de varios autores, invita al lector a definir sus propios intereses y a decidir por sí mismo, a la luz del Espíritu de Dios, el sentido que quiere dar a su vida, guiado por la obediencia y la voluntad de Simón Pedro de avanzar en su vida. Para garantizar un enfoque inclusivo e interdisciplinario, he recurrido a cuatro ciencias: la Filosofía, ya que es, según Paul Glenn, “el estudio de todas las cosas naturalmente conocibles por las facultades [naturales] del hombre, en la medida en que estas cosas son estudiadas en sus causas y razones más profundas”⁶; la teología, como discurso racional sobre Dios (theo-logos), que encuentra su

4 COMISIÓN BÍBLICA PONTIFICIA, *¿Qué es el hombre? Un itinerario de antropología bíblica*, Cerf, Paris, 2020.

5 JIMÉNEZ DUQUE BALDOMERO, *La Mística: La experiencia del Misterio*, Edicep, Valencia, 1946, 73-74.

6 PAUL GLENN, *An Introduction to Philosophy*, Vail-Ballou Press, Binghamton, 1944, p. 3.

fuelle en el acto de fe; la antropología teológica, en cuanto supone al hombre, sujeto vocacional, creado por Dios a su imagen y semejanza y llamado a entrar en relación con Dios en la intimidad de la revelación de su Hijo Jesucristo resucitado, para participar en la salvación eterna; y la psicología de la vocación, en la preocupación por ofrecer al sujeto vocacional los rudimentos necesarios, a partir de su experiencia religiosa y a la luz de los datos teológicos, que le permitan comprenderse mejor a sí mismo y al plan de Dios para él y para el mundo. Convencidos de la esencialidad de estos elementos ya mencionados, lo más importante de este libro no es, por tanto, que simplemente se lea. Más bien requiere que el lector se apropie del espíritu que lo recorre y se impregne del objetivo general, que no es otro que estimular el gusto por la experiencia de Dios, el deber cristiano y el valor de la esperanza en medio de las vicisitudes del mundo en que se vive. En definitiva, estas pocas páginas pretenden interrogarnos y animarnos a encontrar las respuestas dentro de nosotros mismos.

CAPÍTULO I

El hombre, una historia sagrada

De los dos relatos de la creación, contenidos en Gn 1,1-2.4a y Gn 2,5-3.24 respectivamente, se desprenden dos realidades esenciales idénticas: la de la imagen y semejanza de Dios y la del hombre, que es el centro del plan de Dios. Así, desde el momento de la creación, Dios muestra su predilección por el hombre y le confía el primer lugar de su vocación: el jardín del edén. Esta confianza del Creador en su criatura inicia el deseo de participar en el proyecto divino, para que juntos, Creador y criatura entren en una relación de intimidad en cuyo centro se manifiestan el amor y la plenitud de la vida. Este primer comienzo compromete entonces la vocación plena del hombre, que es vivir en Dios, con Dios y para Dios. Cuando, al principio, Dios comunica la imagen de sí mismo al hombre y a la mujer que acaba de crear en una comunión trinitaria, se da cuenta de su poder en ellos, porque los convierte en una creación un tanto especial que él mismo califica de “muy buena” (Gn 1,28-31), en la medida en que su propia imagen está impresa en ellos⁷.

Cuando el hombre acabe cayendo en el pecado por desobediencia, Dios multiplicará sus alianzas con su pueblo para asegurarle su cuidado y levantarlo de su caída en el pecado. Así comenzará una nueva página en la historia del pueblo de Israel, con Abraham a la cabeza del hilo. Sin saber siquiera de antemano cuál era el plan de Dios para él, Abraham partió hacia un destino desconocido e incierto. Acudió a la llamada del Señor que le dijo: “Vete de tu país, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré... Haré de ti un gran pueblo y te bendeciré...” (Gen 12:1-2). Esta respuesta de Abra-

7 Cfr. KILANI MONDHER, *Introduction à l'anthropologie*, Payot, Lausanne, 1992, p. 5.

ham inaugurará no solo su vocación personal, sino sobre todo la del pueblo de Israel al que pertenece. Este nuevo pueblo de Dios se desarrollará en muchas etapas hasta llegar a la tierra prometida (cf. Gn 17,8; Ex 6,8; Lv 20,24; Dt 6,10). Entre estas etapas se encuentra la salida de Egipto y la larga marcha por el desierto, buscando la liberación del Faraón y el cumplimiento de las promesas de Dios. Así, la historia del nuevo pueblo elegido a través de la Nueva Alianza continuará hasta el cumplimiento de las promesas de Dios en Jesucristo, su único Hijo, cuando se cumplan los tiempos⁸. Esta experiencia de fe del pueblo de Israel se realiza también en cada hombre de hoy. Por ello, este primer capítulo se centrará en el plan de Dios para la humanidad. Las siguientes reflexiones se apoyan en el Salmo 8, que plantea la pregunta fundamental y global: ¿Qué es el hombre?

La vida humana como vocación

La vida y el desarrollo humanos son dos realidades íntimamente conectadas que definen la necesidad natural del hombre de estar en el centro del universo como criatura privilegiada de Dios. Al imprimir el carácter esencialmente divino en el hombre, Dios lo convierte en un ser maravilloso, “poco menos que un Dios, coronándolo de gloria y honor” (Sal 8,5). En el lenguaje humano corriente, la palabra “experiencia” puede tener la idea de manifestaciones o disposiciones de la mente sobre una realidad concreta. Por ejemplo, se puede decir que uno tiene experiencia en la conducción, al haberse enfrentado durante un tiempo considerable a esta actividad y a sus diversos mecanismos de funcionamiento. También se podría decir que tiene una larga experiencia en la enseñanza, ya que sin duda ha estado inmerso durante mucho tiempo en este entorno profesional y, por lo tanto, es capaz de identificar el funcionamiento y los contornos de este universo con menos dificultad.

En el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales, se entiende por experiencia la aportación de conocimiento que el mundo exterior hace a la mente humana. En efecto, la experiencia tiene aquí una dimensión empírica, en tanto que mantiene al sujeto en

8 Cfr. LUIS FRANCISCO LADARIA FERRER, *Mystère de Dieu, mystère de l'homme, II. Anthropologie théologique*, Cerf, Paris, 2011.

contacto con la realidad inmediata y sensible. En el campo de la psicología, por ejemplo, la experiencia se conoce como “el modo de conocimiento a través de la captación intuitiva y afectiva de significados y valores, percibidos sobre un mundo que emite signos y recordatorios cualitativamente diferenciados. Es el movimiento espontáneo e involuntario por el que el hombre se encuentra interpelado por el mundo, por un objeto, por otro”⁹.

En otras palabras, solo se puede hablar de experiencia si una idea o situación hace que la mente perciba o se comprometa con un significado inmediato. Este desencadenante inmediato conduce necesariamente a una adhesión del espíritu humano. Y si la vocación del hombre es, en su totalidad, una experiencia de Dios, esta debe constituir un proyecto de vida para el hombre, para que pueda alcanzar y definir su propia identidad, hasta el punto de que hablar de experiencia vocacional es hablar indirectamente del despliegue de Dios en la historia del hombre, haciendo de ella una historia sagrada¹⁰.

La vocación humana en el centro de la antropología teológica

En la introducción de este libro, afirmé -y volveré sobre este punto más adelante- que el hombre, en su relación con Dios, es el punto central del discurso antropológico-teológico. Por eso, el teólogo alemán Karl Rahner afirmó que la antropología teológica designa el conjunto sistemático de afirmaciones teológicas sobre la persona humana¹¹, hasta el punto de que hablar de Dios es también hablar siempre, intrínseca e inevitablemente, del hombre, ya que este es el sujeto central de la vida humana. Este discurso invita necesariamente al hombre a tomar conciencia de su identidad natural como ser creado a imagen de Dios. En efecto, si el hombre, desde su creación, está dotado de vocación, es importante que esta se perciba en un doble movimiento: por una parte, la disposición a recibir la llamada que le viene de Dios su Creador; por otra, la respuesta que el hombre da en toda libertad y responsabilidad vocacional.

9 ANTOINE VERGOTE, *Psychologie religieuse*, Charles Dessart, Bruxelles, 1966, p. 36.

10 RAIMON PANIKKAR ALEMANY, *L'expérience de Dieu. Icônes du Mystère*, Ed. Albin Michel, Paris, 2002.

11 Cfr. KARL RAHNER, “Théologie et anthropologie”, in *Théologie d'aujourd'hui et de demain*, Cerf, Paris 1967, p. 111.

Por eso, el pueblo de Dios debe manifestar una auténtica vida de fe, que le ayude a invertir en la búsqueda del plan de Dios. En efecto, es imposible que el hombre entre en unión con Cristo el Señor si no tiene la certeza del amor incondicional del Dios Trino. Solo así puede concebirse la libertad humana como respuesta a la vocación de Dios, cuyo fundamento no es otro que el amor incondicional y desinteresado (cf. Mt 22,37-40).

El reto de un modelo vocacional en un mundo pluralista y secularizado

Hoy en día, el mundo aboga por un modelo antropológico de “avocación”, que renuncia a cualquier sentido de la vida. Muchas personas hoy en día están abrumadas por la locura del mundo y ya no conocen la gramática elemental de la existencia, y viven al día, sin ningún proyecto, sin ninguna perspectiva. Frente a este desafío actual de nuestro mundo, la antropología de la vocación renueva el proyecto de Dios en la persona humana, proponiendo el valor de una nueva aventura espiritual en Cristo y con Cristo. Y como el hombre aparece en el centro de la creación, recibe la vida del sople de Dios. Por eso es *capax Dei* (capaz de Dios, capaz de conocerlo y amarlo, capaz de entrar en una relación personal con él), en virtud de esta huella de su creación. Si el mundo conservara esta identidad única como hijos adoptivos de Dios, ciertamente reflejaría la felicidad eterna en la tierra. Aunque el pecado haya entrado en el mundo, Dios sigue mostrando su amor en la obra de sus manos, levantando al hombre cuando cae y dándole la gracia de un nuevo comienzo. Así, nuestra comunión con Dios por medio de Cristo y nuestra comunión con todos los hombres nos convierte “en Cristo en un sacramento o, si se quiere, en un signo y un medio para realizar la íntima unión con Dios y la unidad de todo el género humano”¹².

Responder a su vocación significa, pues, hacer resonar en el corazón del mundo esta responsabilidad natural de reproducir la imagen del Hijo. Y esta reproducción de la imagen del Hijo en la vida del hombre creyente solo tiene sentido cuando la vida recibida en su plenitud se irradia en medio de sus hermanos. De este modo,

12 LG, n. 1.

el hombre cumple el plan de Dios, que le ha sido revelado desde su creación. Así, Dios le pide que conserve la vida recibida en obediencia a su Hijo Jesucristo. Se trata de una obediencia vocacional. Supone el reconocimiento de Dios como Creador y Señor, abriendo la posibilidad de una relación personal. La respuesta que el hombre da a Dios es constitutiva de la libertad humana. La Virgen María lo demostró, al igual que los profetas y los discípulos de Jesús, al igual que Simón Pedro, cuyo episodio vocacional es el centro de este libro. En plena libertad, a orillas del lago de Genesaret, dijo al Señor: “Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada; pero en tu palabra echaré las redes” (Lc 5,5). Esta experiencia y muchas otras me permiten afirmar sin ambages que el proyecto vocacional concreto y personal es la realización más auténtica y verdadera del ser humano, su mayor bien. Estos aspectos se ven fácilmente en la persona de Jesús de Nazaret. Vivió la relación filial con el Padre y respondió con toda su vida a su voluntad. Fue obediente al Padre hasta la muerte en la cruz (cf. Flp 2,8).

La gracia en el plan de Dios

La gracia es una de las palabras más utilizadas en el lenguaje de la Iglesia; aparece repetidamente en el vocabulario de la vida cristiana, en los sermones y prédicas dominicales, en las oraciones y en la liturgia de la Iglesia, en las conversaciones con la familia y los amigos, etc. Pero, ¿de qué se trata realmente? ¿Qué es la gracia?

La gracia en el lenguaje humano

Entre las tres fórmulas de saludo del sacerdote en la apertura de la misa, hay una que introduce este concepto: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.” (2 Cor 13:13). Sacerdote o laico, ya hemos utilizado este concepto. Sin embargo, si se les pide que la definan, a muchos les resultaría difícil hacerlo.

El concepto de “gracia” hace referencia a la palabra griega *Καρις* y latina *Gratia*; esta palabra se utilizaba en el lenguaje cotidiano en el mundo antiguo y se sigue utilizando en la actualidad. Se utilizaba en el lenguaje cotidiano en el mundo antiguo y se sigue utilizando en la actualidad, por ejemplo, para describir la belleza, el esplendor,

la claridad, el encanto, la amabilidad, etc. Se ha aplicado indistintamente al mundo antiguo y al moderno. Se aplicaba indistintamente a las personas y a las cosas animadas o inanimadas. Así, se puede hablar de gracia para expresar la belleza del cuerpo, por ejemplo, de la ropa, de las palabras, de la dulzura de la vida, de las alegrías del matrimonio, etc. Además, esta noción se utilizaba para expresar en situaciones concretas la superioridad de un hombre sobre otro, la de un amo sobre un esclavo... Además, aún hoy, en la mayoría de nuestros Estados, se sigue hablando de indulto presidencial para designar las disposiciones constitucionales y penales que otorgan al Jefe del Estado el derecho a remitir o anular determinadas penas. Desde ambos puntos de vista, la palabra se refiere a un privilegio. Sin embargo, desde el punto de vista cristiano, es el regalo de Dios en la Alianza que ha sellado con su pueblo a través de su Hijo Jesucristo y un plan de amor.

La gracia como proyecto de amor

Más allá de las consideraciones penales, sociales, culturales o constitucionales que acabamos de mencionar, la gracia cristiana es un proyecto de amor. Supera la suma de méritos, porque si la obra de Dios estuviera necesariamente condicionada por la acción y los méritos del hombre, Dios se mordería la lengua y no encontraría en el hombre más que decepción e ignominia. La gracia, pues, no es otra cosa que la vida de Dios en el hombre, su presencia en él, su morada en él... Siempre que este coopere y se abra al Espíritu que le invita a este encuentro. El amor de Dios nunca ha sido considerado como una realidad abstracta, sino como una actitud pura e intencionalmente personal.

Claramente, podemos decir que la gracia manifiesta el acto salvador que Dios realizó por medio de su Hijo Jesucristo, que fue crucificado en la cruz, murió y resucitó al tercer día. No es algo, sino una Persona: es Dios mismo; es Jesucristo de Nazaret, su vida y su amor, su misericordia, su grandeza y su esplendor. En efecto, esta presencia divina es la que nos convierte en criaturas nuevas¹³.

13 Cfr. LUIS FRANCISCO LADARIA FERRER, *Teologia del peccato originale e della grazia*, BAC, Madrid, 1993, 295-298.

El hombre, imago Dei

Pretendo recordar la relación del sujeto vocacional con su Creador y la necesidad de apertura y colaboración. Entre las cuestiones ya formuladas en la introducción general se encuentra la central de este primer capítulo. Es: “¿Qué es el hombre? Desde el principio del mundo, muchos ideales han tendido a tratar al hombre como un medio para un fin; o a medir su valor solo en términos de su contribución al grupo o a la producción en la familia y en otros lugares. Sin embargo, “Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó”. (Gen 1:26-27).

¿Qué es el hombre para que usted recuerde...?

Esta pregunta, tomada del salmo 8:4ss, plantea la preocupación central de la bondad de Dios hacia el hombre. Como tal, cada uno de nosotros ocupa un lugar especial a los ojos de Dios. Creado a imagen de Dios, el hombre también está llamado a cooperar con Dios y con sus hermanos en la sociedad en la que vive¹⁴. Esta fuerte enseñanza sobre lo que es el hombre implica partir de la consideración del hombre como ser social, que vive en el mundo con sus semejantes. En efecto, la pregunta “¿Qué es el hombre?” es para todas las épocas una preciosa herencia recibida de la Tradición Judeo-Cristiana. Impone la introspección, el cuestionamiento y, sobre todo, la humillación del sujeto. Ante el amor inefable de Dios, el hombre no puede sino maravillarse con el salmista: “Si miro tu cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has fijado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que lo cuides? Pero lo has hecho poco menos que los ángeles, con gloria y honor lo has coronado; le has dado poder sobre las obras de tus manos, todas las cosas las has puesto bajo sus pies...” (Sal 8,4-7); y el salmo 144 (143) añade: “Señor, ¿qué es el hombre para que te preocupes por él? ¿Un hijo de hombre para que te importe? El hombre es como un soplo, sus días como una sombra que pasa” (Sal 144,3-4). En ambos casos, Dios se manifiesta al hombre esencialmente como amor.

Hay que recordar, por tanto, que todos los hombres son portadores de un destino eterno; tanto es así que su propia existencia es

14 Cfr. JÜRGEN MOLTSMANN, *L'homme, Essai d'anthropologie chrétienne*, Cerf, Paris, 1979.

ya expresión de un acto de amor inmutable, manifestado por Dios su Creador. El libro de la Sabiduría lo demuestra muy claramente: "...porque tu espíritu incorruptible está en todas las cosas. Por eso castigas a los culpables poco a poco y los amonestas recordándoles sus pecados, para que, habiendo renunciado a la maldad, crean en ti, Señor". (Sab 12:1-2). Al presentar su libro *Dieu pour penser. L'homme*, escribe el teólogo belga Adolphe Gesché:

La teología se atreve (a pensar en el hombre) y puede (contribuir) a ello. Por supuesto, su discurso es principalmente sobre Dios. Pero también se trata del hombre, en la medida en que la teología piensa a Dios para pensar al hombre a través de esa clave que llama Dios. Y esto es especialmente cierto en el régimen cristiano, donde, después de la Encarnación, se hizo imposible que la fe se expresara de otra manera que no fuera viendo a Dios y al hombre como significantes el uno del otro. Habría entonces una antropología teológica, que tendría una palabra sobre el hombre que, de cualquier manera que se adheriera a ella, podría ayudarlo a comprenderse a sí mismo¹⁵.

"Dios es amor" (1 Jn 4,8), su amor se comunica y se da gratuitamente. Desde el principio, ha extendido su manto de amor sobre el hombre estableciendo el orden de la creación, la vocación divina única del hombre y la gracia a través de Cristo. ¿Puede haber un acontecimiento, por impactante y notable que sea, que aleje al hombre del amor de Dios? ¿Podemos imaginar por un momento que Dios deja de ser Dios? San Pablo da testimonio de la belleza de la experiencia de Dios y con su canto de bendición conforta a los hombres: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los cielos, en Cristo (...) Y esto para alabanza y gloria de su gracia que nos ha dado en su amado Hijo" (Ef 1,3-6). Es el descubrimiento de lo que Dios, nuestro Creador, ha hecho de su obra. Su amor es eterno, libre e incondicional, infinito y personal, y lo ha convertido en su plan para nosotros. El plan de Dios para el hombre es, pues, inmutable e irrevocable. El pecado ha podido desmenuzarla, arruinarla, pero nunca destruirla. Porque el pecado ha sido perdonado, la reconciliación ha tenido lugar a través

15 ADOLPHE GESCHÉ, *Dieu pour penser. L'homme*, Cerf, Paris, 1993, p. 8.

de la sangre del Cordero, la muerte ha sido derrotada, las puertas del cielo se han abierto de par en par, los esclavos han recibido la legitimidad de hijos de Dios, los desposeídos han recibido la tierra como herencia, y el amor y la gracia se han derramado con plenitud¹⁶. En el misterio de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo se realizó definitivamente la divinización del hombre, que había comenzado desde la creación del mundo. En su humanidad, el cielo y la tierra se unieron para siempre. Jesús, como Dios, manifestó su kenosis, asumiendo nuestra pobre naturaleza, hasta alcanzarla en sus experiencias más difíciles, salvo el pecado. (cf. Fil 2,6-11).

La humanidad deshumanizada

Si afirmamos que el hombre es un ser sagrado colocado en el centro del mundo para manifestar la imagen recibida de Dios, es lamentable constatar que su valor y su dignidad están hoy más que nunca fuertemente cuestionados. En el contexto actual, muchas doctrinas han enterrado a la persona humana a expensas de los intereses egoístas. Este mundo desgarrado por las guerras civiles y tribales, los genocidios y los asesinatos de todo tipo plantea un serio desafío a la humanidad¹⁷. ¿Cómo podemos hacer frente a una sociedad en la que hombres y mujeres no se aceptan por el color de su piel, por su raza? ¿Una sociedad en la que el predominio de la violencia desafía seriamente el concepto tradicional y existencial del hombre creado a imagen de Dios? ¿Qué hacer en un mundo en el que el aumento de la delincuencia y la drogadicción, incluso entre los jóvenes, es alarmante? Estas circunstancias obligan al cristianismo a plantearse cuestiones teológicas y antropológicas esenciales sobre el retorno a los valores humanos, morales y religiosos. ¿No son la consecuencia del pecado y del hecho de que el ser humano ha perdido su verdadera identidad, la de ser creado a imagen de Dios? ¿No son el aspecto negativo de una sociedad sin Dios, de un mundo que está haciendo morir a Dios? ¿No provienen de ver a los demás, especialmente a los débiles y vulnerables, como menos que humanos y, por lo tanto, como objetos que hay que explotar? O, finalmente, ¿no son

16 Cfr. BERNARD SESBOÛÉ, *L'homme, merveille de Dieu, Essai d'anthropologie christologique*, Salvator, Paris, 2015.

17 Cfr. HANS URS VON BALTHASAR, *Au cœur du monde*, DDB, Paris, 1956.

una prueba de la incapacidad, o más bien del rechazo, del cristiano a promover el amor y la paz entre sus hermanos?

Sin embargo, el centro de la relación de Dios con el hombre es la vida en todo su contenido. Es decir, la defensa de la vida, la dignidad de la vida, los derechos de la vida e incluso la felicidad de la vida. Son valores que deben ser promovidos por cualquiera que esté animado por el Espíritu de Dios. Mediante el misterio de la Encarnación, Dios confirma aún más su semejanza y su presencia en la historia humana, divinizando al hombre; mientras él mismo, Dios, se humaniza. Y con el salmista nos maravillamos una vez más: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que lo cuides?” (Sal 8,4). Es también en el sentido de la dialéctica humanización-divinización que Jesús se revela como aquel que hizo el don total de sí mismo. Aquel que, en su omnipotencia, vino a nosotros para asumir nuestra carne, con toda humildad; aquel que vino a habitar entre nosotros y a darnos vida por la fuerza del Espíritu Santo, nos invita a considerar la vida como un don total de su Padre para la humanidad (cf. Flp 2,5-11). En su kenosis, el Hijo del Hombre ha manifestado así su relación con el Padre y el Espíritu Santo (cf. Jn 14,24; 16,7-8).

Por lo que se ha dicho, el enfoque de la relación de Dios con su pueblo debe entenderse no necesariamente y solo en relación con la pertenencia a una religión, sino sobre todo en relación con algo más fundamental: la vida. En otras palabras, si nuestra pertenencia a una religión no promueve el florecimiento y el crecimiento de la vida, entonces esa religión, por muy famosa o antigua que sea, es inútil. Sin embargo, lo que quiero subrayar es que la religión, sea cual sea (judía, cristiana o musulmana), no existe por sí misma si no es una religión del hombre, una religión de la vida; es decir, una religión que defiende el plan de Dios para la humanidad. La verdadera religión es la que da vida, la que humaniza al hombre; es la que se caracteriza por la defensa de los derechos a la vida, la protección de todos los hombres y la garantía de su felicidad¹⁸. Es en este sentido que Santiago escribe en su epístola: “Una religión pura e incontaminada ante Dios, nuestro Padre, es esta: socorrer a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones y mantenerse puro de este mundo”

18 Cfr. JOSÉ MARÍA CASTILLO, *La laicidad del Evangelio*, Desclée Brower, Bilbao, 2014.

(Santiago 1,27). Solo así podemos esperar la santidad. Simón Pedro también respondió a esta misión vital en torno al lago de Genesaret. Desde su barco, supo responder a su responsabilidad como pescador de hombres, es decir, de vidas que hay que asegurar y preservar.

La universalidad de la vocación humana

“El Señor quiere que seamos santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada e inconsistente”¹⁹. El papa Francisco nos lo recuerda. Todos estamos invitados a participar en la vida y la felicidad que Dios nos ofrece en su plenitud. Es una llamada a la fraternidad universal, una invitación inesperada, porque es una iniciativa de Dios. Nuestra vida solo tiene sentido cuando descubre el rostro de Cristo. La parábola de los invitados a las bodas (cf. Mt 22,1-14; Lc 14,15-24) lo demuestra claramente. Si recurro a ella, es sobre todo para ilustrar la gratuidad de la invitación de nuestro Señor. Esta es la vocación universal del amor.

La vocación de amar

Todos los hombres están llamados a colaborar en el vasto campo del amor y del encuentro, que es la manifestación de la presencia de Dios en el mundo. Cada persona, en su entorno, es protagonista en este sentido. Convertido en criatura nueva por las aguas del Bautismo, todo bautizado está llamado a colaborar en la construcción de un mundo nuevo, donde, movido por el Espíritu, transmita el amor del Resucitado. Es innegable que el mundo en el que vivimos, la Iglesia a la que pertenecemos, se enfrenta a muchos retos que no dejan indiferente a ninguna mente consciente. El objetivo de todos debería ser, por tanto, buscar los caminos de la santidad, insertándola en la realidad cotidiana y aprovechando las oportunidades. El Bautismo que hemos recibido nos exige un mayor compromiso con nuestras responsabilidades. Debemos vivir de una manera nueva. San Pablo, cuya voz resuena para nuestro mundo y la Iglesia de hoy, nos invita a madurar en la relación de hijos adoptivos, pues no hemos recibido un Espíritu de esclavos que nos haga recaer en el

19 FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*, Ediciones Vaticanas, Roma 2018, n. 1.

miedo. Hemos recibido un Espíritu de hijos adoptivos que nos hace gritar con toda legitimidad: ¡Abba! Padre! (cf. Rom 8,15).

El Apóstol de los Gentiles nos exhorta a una vida libre en el Espíritu Santo, que abre perspectivas de esperanza. La verdadera novedad humana es, pues, la que se invierte en la dinámica de la ley del amor: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22,39; Mc 12,31; Lc 10,27.36-37; Rm 13,8-10...). “Así, el Espíritu de Dios y la caridad van de la mano, porque ‘el fruto del Espíritu es caridad, alegría, paz, longanimidad, servicialidad, bondad, confianza en los demás, mansedumbre, dominio de sí mismo’...” (Ga 5,22-23). Debemos modelar nuestra vida con esta libertad, para poder clamar con razón a Dios: ¡Abba! ¡Padre! Y así como el Espíritu descendió sobre Jesús en el momento de su Bautismo en el Jordán y lo ungió, así también el que recibe el Bautismo en Jesucristo recibe la misma unción que lo configura con el Maestro y es enviado al mundo para llevar la Buena Noticia de la salvación a los pobres de Dios y liberar a los oprimidos (cf. Lc 3,21-22; 4,18). Es entonces cuando el discípulo se ve arrastrado a lo largo de su vida a esta tensión nacida del Espíritu: se trata de convertirse en miembro de la nueva creación en Cristo.

Llamados y enviados como testigos

Si el bautismo es el signo sacramental dado a la comunidad cristiana para expresar y encarnar la totalidad de la nueva vida en Cristo, es también la cuna de la nueva humanidad, porque nos identificamos indeleblemente con Cristo crucificado y resucitado. Quien recibe las aguas del bautismo se convierte así en miembro de una comunidad caracterizada por una profunda igualdad, una comunidad en la que se destierra toda forma de diferencia. El hombre nuevo que emerge de las aguas del bautismo, el cristiano es entonces llamado y enviado a ser pescador de hombres, testigo del amor y de la comunión fraterna en medio del mundo. Nuestra pertenencia a la Iglesia por el Bautismo nos abre a una doble tarea: la de la participación en la comunión y la de la solidaridad fraterna y universal. En otras palabras, estamos llamados a construir una comunión social y eclesial en torno a nosotros, donde nuestra tarea se convierte en la gran presencia misionera en el mundo, en Jesucristo.

Por otro lado, existe una realidad en la que está implicada toda la naturaleza humana. Nadie inventa ni decide su propia transición

del ser al no ser. Nadie decide el principio y el final de la vida. Teniendo en cuenta esta verdad, el libro del Eclesiastés (Qohelet) dice: “Ningún hombre es tan dueño de su aliento de vida como para retenerlo, ni tiene poder alguno sobre el día de su muerte. (Ec 8,8a) Todos, queriendo o sin querer, hemos sido llamados a la vida y para la vida. Es esta perspectiva antropológica la que hace universal la vocación humana, a partir de la vida. Por lo tanto, es conveniente que todos la acepten como un don gratuito de Dios. No podemos sino confirmarlo: “Cada persona es una historia sagrada”, porque es imagen de Dios y está llamada a entrar en comunión con Él. Profundizando en el Nuevo Testamento, san Pablo, “el Apóstol de los Gentiles”, en su carta a los Romanos, nos recuerda que desde la creación del mundo, Dios ha destinado a todos los hombres de “toda raza, pueblo, lengua y nación” a ser sus hijos adoptivos y a comunicarles (transmitirles) su vida divina por medio de su Hijo único Jesucristo (cf. Rm 8; Ef 1).

Esto significa que la vocación universal es claramente la primera forma de consagración a la que el género humano y creyente ha sido llamado desde la creación. Y para los bautizados es una gracia formar parte de esta nueva alianza, que ahora confiere un nuevo título, el que acabo de subrayar arriba: hijos adoptivos por la sangre del Cordero inmolado. Y esta consagración debe referirse obviamente a la consagración de Jesús, como leemos en el Evangelio según Juan: “Aquel a quien el Padre ha ungido y enviado al mundo” (Juan 10:36). En efecto, en él se consagra todo el nuevo pueblo; él es el consagrado por excelencia y en su llamada oración “sacerdotal” ruega a su Padre por nuestra propia consagración: “Conságralos con la verdad: tu palabra es la verdad”. Como tú me enviaste al mundo, así los envió yo al mundo. Y por ellos me consagro, para que también ellos sean consagrados por la Verdad” (Jn 17,17-19).

Esta oración de consagración implica el compromiso del cristiano de vivir plenamente su vocación en la Iglesia y en el mundo. Como Cristo y con él, debemos entregarnos. Y una vez más san Pablo nos exhorta a hacerlo: “Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios: este es vuestro culto espiritual.” (Rom 12:1). Amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo,

como Cristo nos ha amado, es el verdadero sentido que todo hombre, todo creyente, debe dar a la vocación universal. Es una llamada a la santidad, estemos donde estemos, hagamos lo que hagamos. De esta vocación nace el deseo del hombre de adentrarse en las profundidades con el Señor y convertirse en pescadores de hombres, para su mayor gloria y la salvación de las almas.

CAPÍTULO II

“Duc in altum”: una llamada a la metanoia

Sigamos explorando el quinto capítulo del Evangelio según Lucas (cf. Lc 5,1-11). De hecho, toda la región sabe ya que Jesús está de paso y hace milagros: cura a los enfermos y expulsa a los demonios (cf. Lc 4,40-41). Además, es consciente de la tarea misionera que le ha encomendado su Padre celestial: anunciar el reino de Dios hasta los confines de la tierra. Ya leímos las indicaciones de su hoja de ruta en los tres últimos versículos del cuarto capítulo: “Al amanecer salió y llegó a un lugar desierto. Pero las multitudes lo buscaban, lo alcanzaban y querían retenerlo para que no se alejara de ellos. Pero dijo: “Es necesario que anuncie el reino de Dios también en las demás ciudades; para esto he sido enviado. Y fue a predicar en las sinagogas de Judea” (Lc 4,42-44). La llamada a ser pescadores de hombres se inscribe en esta dinámica de expansión de la misión universal. Cristo, siendo el primer misionero, sale al encuentro de todos los pueblos, transmitiéndoles el mensaje de amor. Así, invita a todos sus discípulos a ir hasta los confines de la tierra, al encuentro de hombres y mujeres, haciendo de ellos discípulos y bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (cf. Mt 28,19).

En la barca de la experiencia con el Señor

Lo que hay que decir en primer lugar es que las fuentes teológicas del cristianismo se basan en un compendio de experiencias de Dios que son la escritura, la tradición de los Apóstoles y el magisterio de la Iglesia. Toda esta suma de hechos, palabras y actos forma una base sólida que permite a los buscadores de Dios de todos los tiempos leer su propia historia, siempre antigua y siempre nueva. En efecto, Dios sigue hablando a los hombres en la realidad, y su pre-

sencia ininterrumpida se realiza y se renueva en cada hombre, en cada mujer, en cada niño y en cada joven, en cada comunidad y en cada generación de creyentes, siempre que se abran a su misterio y a su palabra salvadora, bajo la acción vivificadora del Espíritu Santo. Dios está más allá de nuestros límites humanos y su experiencia es a la vez mediada y directa. Se ofrece en el tiempo y en el espacio, a través de la mediación de la realidad creada. Y a través de esto, Dios se hace realmente presente: es Dios en nuestra historia.

*“Hazte a la mar y echa las redes para pescar”:
la experiencia de Simón*

El encuentro de Simón Pedro en la barca con el Señor y sus dos compañeros, Santiago y Juan, es prueba suficiente de la experiencia que cada uno de nosotros puede tener con Dios, hasta el punto de dejarlo todo para seguirle. En la medida de una verdadera experiencia de Cristo, se produjo en Simón Pedro una metanoia, es decir, un cambio, una nueva forma de apreciar la realidad que tenía delante. Además, es importante recordar que la experiencia de Dios es inseparable de la experiencia de fe. Es una experiencia vital en la que la fe se asume como propia y personal, y no solo como algo sentido, sino sobre todo como algo libremente vivido, aceptado y apropiado. Los pensamientos y acciones del hombre que se convirtió en pescador de hombres ya no eran los mismos que antes, como veremos en el resto de este capítulo.

Por tanto, no debemos rehuir la verdad de que la iniciativa del encuentro siempre viene de Dios. Es él quien renueva su bondad en cada uno de nosotros, como hizo con Simón Pedro, pidiéndonos que entráramos en su barca. El Señor va delante de nosotros en todos nuestros esfuerzos. Por tanto, nuestra experiencia de él no es el resultado de nuestros propios esfuerzos, pues sin él no podemos hacer nada²⁰. Es Dios, y solo Él, quien nos inspira toda acción buena; porque solo Él es Dios y su preocupación inesperada, gratuita y superabundante por la humanidad no tiene parangón. Al comienzo de su carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, el papa Juan Pablo II se refiere a las hermosas palabras de Jesús. Lo hace con estas palabras:

20 Cfr. FRANCISCO, Carta Apostólica *Evangelii Gaudium*, Ediciones Vaticanas, Roma 2013, n. 42.

Al comienzo del nuevo milenio, cuando se cierra el gran Jubileo en el que hemos celebrado los dos mil años del nacimiento de Jesús, y se abre un nuevo tramo del camino para la Iglesia, resuenan en nuestro corazón las palabras con las que Jesús, tras hablar a la multitud desde la barca de Simón, invitó un día al apóstol a “hacerse a la mar” para pescar, “Duc in altum” (Lc 5,4). Pedro y sus primeros compañeros confiaron en la palabra de Cristo y echaron las redes. Y habiendo hecho esto, pescaron una gran multitud de peces” (Lc 5,6). ¡Duc in altum! Esta palabra resuena para nosotros hoy, y nos invita a hacer memoria agradecida del pasado, a vivir el presente con pasión, a abrirnos con confianza al futuro: “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre” (Hb 13,8)²¹.

¿En qué consiste, pues, esta experiencia cristiana? En primer lugar, la larga espera ha culminado por fin con la venida definitiva del Hijo del Hombre; en segundo lugar, en él se inaugura el reino de Dios y en él se sella la alianza definitiva de Dios con su pueblo; por último, con él, el Dios que aún había prometido “Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Jer 30,22) ha comenzado a ser el “Emmanuel - Dios-con-nosotros” (Mt 1,23). Esto significa, en otras palabras, que la experiencia de Dios de la que hablamos en un contexto cristiano solo puede realizarse a través de un encuentro: el de la persona de Jesucristo, muerto y resucitado.

Simón Pedro y sus dos compañeros, como pescadores “profesionales” y por tanto experimentados, sabían que si no conseguían pescar nada durante la noche, sería inútil insistir cuando ya fuera de día. Porque la pesca se realiza en la oscuridad de la noche. Contra todo pronóstico, Jesús les dice que vuelvan a echar las redes. Aunque perplejos y confusos, los pobres hombres tienen una idea clara del Señor; le obedecen y el resultado es palpable: ¡la pesca es realmente milagrosa! Pero antes de pasar a esta palabra de vida y de esperanza del Señor a Simón Pedro y a sus compañeros, quisiera volver a la importancia de ver, a través de esta misma palabra, la inquebrantable cercanía de Dios al hombre y hasta qué punto su corazón lleno de amor se deja sumergir ante el dolor y el desánimo

21 JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, Ediciones Vaticanas, Roma 2001, n. 1.

humanos. Simón Pedro es un ejemplo de ello: han trabajado toda la noche sin pescar nada; sin duda están desanimados, han perdido toda esperanza; al menos en lo que se refiere a esta jornada de pesca. Sin embargo, confía toda su voluntad al Señor y le susurra: ‘... A tu palabra echaré las redes’ (Lc 5,5).

“... Por tu palabra echaré las redes”

En un lenguaje propio de la antropología vocacional, es fácil comprender que toda comunicación entre el Creador y la creación es expresión de una vocación, de la que Dios es el autor y el hombre el destinatario. En la historia de la salvación, Dios se revela a través de la palabra. A través de esta palabra “Dios no solo comunica algo de sí mismo, algo que está implícito en cada palabra, sino que también [...] pide algo a alguien; al que llama, al que envía, al que hace la promesa y por el que es juez”²². Si lo entendemos así, podremos comprender mejor que la comunicación iniciada por Dios mismo revela un gran alcance vocacional. Al crear al hombre, Dios lo llamó a la existencia, para destinarlo a una misión, haciéndole la promesa de estar con él donde lo envíe. Dios lo creó a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,27) con el poder de su palabra; la palabra que crea y recrea. En la encarnación de su Hijo Jesucristo, hace de él la palabra viva, el Logos, el Verbo hecho carne. ¿Qué vemos en los innumerables milagros de Jesús durante su ministerio público? Pues bien, con su Palabra sana, anima, perdona los pecados. También con su palabra hace de la pesca de Simón Pedro una escena inolvidable.

El verbo *vocare*, que tiene el significado de llamar, invitar y designar a alguien, nos ayuda a comprender el poder de la palabra en toda la historia de la salvación. En este sentido, es Dios quien dirige su llamada al hombre y le invita a establecer una íntima relación interpersonal y filial con él (cf. Jn 1,12; 1 Jn 3,1). La vocación es siempre una gracia, iniciada por Dios, para salir al encuentro de la humanidad, que Él mismo creó por amor. Es, y por tanto requiere, la participación en la vida con Dios. El Concilio Vaticano II expresa claramente esta experiencia en estos términos: “Porque por esta

22 CARLO MARÍA MARTINI, *La vocazione nella Bibbia, De la vocación bautismal a la vocación presbiteral*, SEA, Madrid, 1997, p. 20.

Revelación, el Dios invisible (cf. Col 1,15; 1 Tm 1,17) en su gran amor habla a los hombres como a amigos (cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15), y se entretiene con ellos (cf. Bar 3,38) para invitarlos y admitirlos a la comunión consigo mismo²³. Ante tanta bondad y sabiduría de Dios, ¿debe el hombre seguir resistiendo?

Cuando Jesús dijo a Simón Pedro: “Hazte a la mar y echa las redes para pescar” (Lc 5,4), este no dudó en responder a esta misteriosa palabra con palabras que reflejaban tanto su impotencia como su total abandono en el Maestro: “Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada; pero en tu palabra echaré las redes” (Lc 5,5) Y a partir de esta experiencia, el Señor le confiará la misión (vocación) de convertirse no en pescador de peces en las aguas, sino en pescador de hombres en el mundo. Conviene recordar que la llamada del Señor no se impone al hombre; este es libre de responder o rechazar. Simón Pedro podría haberse encerrado en su complacencia de pescador “profesional” en las aguas de Galilea; podría no haber prestado atención a la distracción causada por Jesús en su barca. Sin embargo, se dejó iluminar por el Espíritu; cooperó con la gracia para entrar en la relación de amistad de la que se habla en estas páginas. En este sentido, cuando uno se resiste a la llamada y a la voluntad de Dios, la vida se convierte en algo sin sentido, superficial y vago. El episodio del joven rico lo atestigua:

Cuando salía para emprender su viaje, un hombre corrió hacia él y, poniéndose de rodillas ante él, le preguntó: “Maestro, ¿qué debo hacer para tener la vida eterna?” Jesús le dijo: “Tú conoces los mandamientos [...] Entonces dijo: “Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud”. Entonces Jesús lo miró y lo amó. Le dijo: “Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme. Pero estas palabras le entristecieron y se marchó apenado, pues tenía muchas posesiones. (Mc 10,17-22).

A veces caemos en la trampa de la indecisión ante la invitación del Señor a seguirle. Como el joven de la parábola, parece que nos alejamos o nos entristecemos ante la Palabra del Señor, porque asu-

23 VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, Ediciones Vaticanas, Roma 1965, n. 2.

mimos nuestra incapacidad de obedecer, ya sea por nuestra falta de fe o por nuestro orgullo y egoísmo. En su exhortación apostólica *Verbum Domini*, el papa Benedicto XVI escribió:

La Palabra de Dios, en efecto, no se opone al hombre, no mortifica sus auténticos deseos, al contrario, los ilumina, los purifica y los lleva a su realización. ¡Qué importante es para nuestro tiempo descubrir que solo Dios responde a la sed que hay en el corazón de cada hombre! En nuestra época, por desgracia... se ha extendido la idea de que Dios es ajeno a la vida y a los problemas del hombre y, de hecho, que su presencia puede ser una amenaza para su autonomía... Jesús se nos presenta como el que ha venido para que tengamos vida en abundancia (cf. Jn 10,10). Por tanto, debemos esforzarnos por mostrar la Palabra de Dios como una apertura a los propios problemas, una respuesta a las propias preguntas, una ampliación de los propios valores y, al mismo tiempo, como una satisfacción de las propias aspiraciones²⁴.

Fue la obra de la palabra de Jesús en el corazón de la vida palestina, en el mar de Galilea, junto al lago de Genesaret, la que transformó la vida de Simón Pedro y de los demás. En esta gran masa de agua, Jesús se pone a trabajar para devolver la confianza a un grupo de hombres cansados de sus esfuerzos profesionales. Solo la Palabra de Jesús restablece el orden de las cosas. Jesús, en la barca de Simón Pedro, enseña a la multitud a través de la palabra.

Jesús nos propone un viaje con nuestros hermanos de toda lengua, raza y tribu que, como Simón Pedro y sus dos compañeros (Santiago y Juan, según el relato de Lucas) aceptan seguir a Cristo, para convertirse con él en “pescadores de hombres” (cf. Lc 5,10). Prestemos atención a la forma gramatical de la recomendación de Jesús a Simón Pedro: “Hazte a la mar y echa las redes para pescar”. Vemos aquí al principio un imperativo singular: “Toma”, que implica una iniciativa a nivel personal, individual. Sin embargo, en el mismo mandato tenemos también el imperativo de la primera persona del plural: “¡echad!” Este cambio del singular al plural confirma el plan

24 BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, Ediciones Vaticanas, Roma 2008, n. 23.

universal de salvación de Dios para la humanidad y la necesidad de comunión entre los pueblos de toda la tierra. La alegría de una pesca milagrosamente fructífera es lo que Jesucristo quiere para todos. Por eso nos encarga salir al mar, para construir un mundo nuevo. He llamado a esto “la solidaridad vocacional”.

Toda misión parte del encuentro con Dios, con Jesús, y encuentra su sentido en la humanidad y con la humanidad. Simón Pedro había aceptado llevar a Jesús en su barca. Pero, ¿por qué eligió Jesús la barca de Simón Pedro y no las demás? (¡ya que el Evangelio nos informa de que había dos barcas! cf. Lc 5,2-3) ¿Por qué el dueño de la segunda barca no fue acogido? Probablemente no. El Señor pidió la barca de Simón Pedro, probablemente porque quería hacer de él la roca sobre la que se construiría su Iglesia. La idea era hacer de Simón Pedro el líder de su Iglesia. Ante esta acción de Simón Pedro y sus compañeros, ¡sucedió lo increíble! ¡El milagro de Dios! Las redes recogían una cantidad indescriptible de peces, tanto que apenas podían sujetar las cuerdas (cf. Lc 5,6).

En la barca del deseo del Señor

La llamada del Señor se renueva cada día. Simón Pedro y sus dos compañeros oyeron la llamada de Jesús, “y le siguieron”. Hoy más que nunca, Jesús llama a todos los hombres y mujeres a echar las redes en el mar que, aparentemente, está vacío de peces, pero que, en realidad, está lleno a rebosar, para que se conviertan en pescadores de sus hermanos.

Y Simón le dijo: “Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador”

Esta parte pretende demostrar la relevancia del deseo y la voluntad en la experiencia de Dios a la luz del despertar vocacional, especialmente en los jóvenes. Toda experiencia de Dios es en sí misma una experiencia vocacional, porque es, al fin y al cabo, la relación que define la identidad y la misión de todo ser humano. ¿No trató Pedro de dar un verdadero sentido a su vida? ¿No lo descubrió cuando se encontró con el Señor? De esto se trata. Pedro descubrió en su interior que su vida solo tendría sentido si reconocía su bajeza ante el deseo de Dios de hacerle “pescador de hombres”.

Una fe en busca de crecimiento no puede rehuir la humildad, mezclada con audacia y confianza. Es esta humildad y confianza lo que el Señor nos enseña en Mateo 18:1-5. Para convertirse en pescadores de peces y hombres, hay que abandonar la orilla de uno mismo. Esto requiere mucha energía y también confianza en la providencia divina. Como Simón Pedro, que obedeció al Señor y reconoció que era muy pequeño ante la grandeza de Dios, debemos atrevernos a abandonar nuestra autocomplacencia y nuestra tendencia a poseerlo todo para nosotros. Pero también debemos atrevernos a salir de la lógica de nuestro propio razonamiento, que no deja otra posibilidad de orientación. Simón Pedro, aunque era pescador de oficio, se dejó seducir por la palabra del Señor que le convenció de volver a intentarlo. Obedeció, sin pensar en desafiar a su interlocutor con discursos de circunstancias. Esta lógica de Simón Pedro nos lleva a comprender que la misión de la Iglesia no puede depender esencialmente de nuestros medios humanos, sino sobre todo de la fidelidad, de la confianza total en Jesús, el pescador por excelencia.

Además, en esta humildad sin precedentes de Simón Pedro, descubrimos otro aspecto de la misión de Jesús: la iniciativa parte de él y nosotros somos los beneficiarios de ella. La misión no es de Simón Pedro, sino del Señor. Simón Pedro es simplemente el instrumento, como tú y yo estamos llamados a ser. Sin embargo, en esta misión, el Señor te necesita, necesita tu humildad, tu voluntad y tu obediencia. Al igual que Simón Pedro, Jesús también necesita sus redes.

Después de haber pescado, Simón Pedro se da cuenta de su bajeza ante Jesús y grita angustiado, en señal de humildad: “Apártate de mí, Señor, que soy un pecador” (Lc 5,8) Este grito da la impresión de un episodio similar a este, en el que el propio Jesús empuja a Simón Pedro lejos de él: “Apártate de mí, Satanás. Porque no pensáis según Dios, sino según los hombres” (Mt 16,23). El primer grito que se eleva en torno al lago de Genesaret es una expresión de asombro, de admiración ante la visión de un milagro tan asombroso. Pedro no esperaba vivir un acontecimiento así. La segunda, cerca de Cesarea de Filipo, es una expresión del poder de Jesucristo sobre las fuerzas del mal que tratan de obstaculizar sus impulsos misioneros y su plan divino, que pasa por la cruz. Sin embargo, lo que nos interesa en esta parte del libro es evidentemente la primera intervención: la de Simón Pedro a orillas del lago de Genesaret. Simón es desafia-

do en el mismo lugar de su competencia profesional, pero acepta y confía. Sabe que Jesús no puede fallarle. Además, ¿no había sido testigo de la curación de su suegra? (cf. Lc 4,38-39) Simón Pedro reconoce en esta superabundancia un signo de Dios y pide a Jesús que se vaya a su vez: “Apártate de mí, Señor, que soy un pecador”. (Lc 5,8) Se reconoce indigno, y esto también es un don: su pecado se le revela en el corazón mismo del don, porque confió humildemente.

Así, su humildad le hará ganar una gran presa y reconocerá en Jesús al Señor. Entonces escucha una palabra misteriosa: “No temas, desde ahora serás pescador de hombres” (Lc 5,10). Simón Pedro muestra su obediencia a la palabra del Señor y su reconocimiento de la santidad del Mesías. Cuando suplica al Señor que se aleje de él, Simón Pedro no quiere dar la impresión de ser un hombre inmoral o que lleva una vida muy innoble; por supuesto, nadie imaginaría que este pescador profesional fuera un hombre santo; tiene sus debilidades. Pero en este episodio, Simón Pedro se da cuenta de que lo que su Maestro acaba de hacer es un milagro. En su larga experiencia como pescador, nunca ha tenido una experiencia así. Para volver a echar las redes al mar, se necesitan dos actitudes fundamentales: la fe y la constancia. Estas dos actitudes son el signo de la humildad mostrada por Simón Pedro.

De la promesa al cumplimiento. “No temas, en adelante serás pescador de hombres”

Imagino que la orden de Jesús de “hacerse a la mar” no ha dejado de resonar en los oídos de Simón Pedro... Es como si Jesús dijera a Simón Pedro: “No tengas miedo, sígueme y el Espíritu Santo te llevará a las profundidades del mundo, a las profundidades de ti mismo, a las profundidades de mi misterio”. Es una palabra poderosa para cada uno de nosotros, siempre que estemos abiertos al Espíritu de Dios. “Duc in altum” nos invita, pues, a penetrar en lo más profundo de nosotros mismos, a descubrir nuestro deseo: allí encontramos a Dios, lo más íntimo de nosotros mismos²⁵. No tengas miedo de penetrar en lo más profundo de ti mismo, de escarbar en

25 Cfr. SIMON-PIERRE ARNOLD, *Au risque de Jésus-Christ, une relecture des vœux*, Lessius, Paris, 2007, 144p, p. 10.

tu deseo: allí encontrarás a Dios, más íntimo a ti que tú mismo, y te descubrirás en la verdad. No tengas miedo de adentrarte en el encuentro con el otro, descubre tu propio rostro y acoge el rostro y la mirada de los demás como Jesús acogió el tuyo con su grandeza y su miseria; no tengas miedo y sumérgete en el corazón del mundo; sé testigo como un siervo inútil, que ofrece su vida por sus amigos.

Simón Pedro descubre en la persona de Jesús la manifestación de la omnipotencia de Dios, pero también se descubre pecador e indigno ante la inmensidad del amor de Jesús. Pero Jesús quiere ganarse a Simón Pedro, por lo que le dice: “No tengas miedo; desde ahora serás pescador de hombres” (Lc 5,10). Y dejándolo todo, los discípulos siguieron a Jesús (cf. Lc 5,11). Por tanto, el hombre debe ser capaz de aceptar el mensaje que libera y tranquiliza. Es esta relación fundamental la que se expresa claramente en la respuesta de Jesús a Simón Pedro. La gracia de la vocación presentada en las numerosas narraciones bíblicas nos ayuda a comprender una vez más cómo la Palabra de Dios toma la forma de la llamada decisiva. Esta llamada, recogida en la historia personal y comunitaria del pueblo de Dios, refuerza la necesidad de la conversión, en la que el llamado es invitado a discernir su respuesta. La llamada de Dios que llega al corazón humano debe necesariamente transformarlo radicalmente. Esta transformación interior es acompañada y consolidada por Dios, que actúa en lo más íntimo del hombre, con la fuerza vivificante del Espíritu Santo.

Esta experiencia nos ofrece una analogía. Muy a menudo, el hombre está como sumergido por el mundo que le rodea. Está menos atento a los movimientos de su alma, menos preocupado por las cosas del Espíritu. Sin embargo, Jesús sabe seguirlo en lo más íntimo de su ser; actúa en un flujo puro. Así actuó en la vida de Simón Pedro, en la de sus compañeros y, hoy, también en la nuestra. Lo que oyó del Padre, nos lo reveló; lo que vio hacer al Padre del cielo, lo hizo por nosotros, como lo hizo por Simón Pedro, llenando su barca y sus redes de peces. Y cuando el hombre aprende a escuchar su voz, comienzan a suceder maravillas en su vida. Jesús sabía lo que les esperaba a los tres pescadores, pero invitó a Simón Pedro a participar en esta nueva teofanía. Por tanto, esta experiencia no puede reducirse a un acontecimiento natural, sino que se trata de que Dios actúa en la historia humana y cumple sus promesas.

La sequela Christi

La vocación cristiana se expresa a través de Jesucristo, el Hijo de Dios, que se hizo carne y se instaló entre los hombres. Por tanto, reconocer a Jesucristo, escuchar su voz en medio de nuestras ocupaciones habituales y aceptar seguirle es, de hecho, lo que define la identidad cristiana. También significa ponerse en la escuela de Simón Pedro y sus dos compañeros, que fueron capaces de dejarlo todo al comienzo de un nuevo día para seguir la voz que les hablaba desde dentro.

El riesgo cristiano y la decisión de la fe

Hoy en día, la noción de riesgo cristiano plantea enormes dificultades. Atrapado entre las ideologías promovidas por una sociedad cada vez más secularizada y las espiritualidades que abogan por una prosperidad sin obstáculos y sin Cruz, por un lado, y la invitación de Jesucristo a cargar con su propia cruz para seguirle, por otro, el hombre moderno tiende cada vez más hacia la primera opción, hacia una vida humana desprovista de toda posibilidad de riesgo o dificultad. Sin embargo, la Cruz es la gloria de los discípulos de Cristo, es su consuelo. De hecho, es el fundamento de la Alianza de Dios con su pueblo. Finalmente, a través de la cruz, lugar de predilección, se funda la fe cristiana, porque la gracia de la vida cristiana es inevitablemente el vislumbre de una vida de fe en Dios que se hizo hombre entre los hombres, y es esta fe la que impulsa al creyente a tender la mano hacia las cosas de arriba. Penetra en las apariencias, trasciende la lógica de la razón humana y reconoce a Cristo como el único Salvador. Por lo tanto, en este caso, seguir a Cristo se convierte en creer en el amor de Dios que se revela ocultándose. Para llegar a esta decisión vocacional, es absolutamente necesario ponerse en la escuela de la escucha, que hizo de Simón Pedro el custodio de los misterios de su Maestro, cuando este le confió la llave de su Iglesia.

Cuando hablamos del riesgo cristiano y de la decisión de fe, no podemos dejar de acudir a ese primer grupo de hombres que aceptaron valientemente ser discípulos del Señor y estuvieron dispuestos a acompañarle en su ministerio público. Los Evangelios dan suficiente cuenta de ello. Además, con esta decisión vocacional, san Lucas concluye el hermoso episodio de la pesca milagrosa en el lago de Genesaret: “Cuando sacaron las barcas a tierra, lo dejaron todo y le siguieron” (Lc 5,11). San Lucas también nos sirve la progresión de

la relación íntima de Simón Pedro con su Maestro y la impresionante expresión de su fe. Así, responde con calma a Jesús cuando este plantea una “pregunta de prueba” a sus discípulos reunidos en torno a él: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Lc 9,20). Solo Simón Pedro lo identificó como “el Cristo de Dios” (Ibid.). En realidad, la fe en la palabra de Jesús y en sus milagros lleva necesariamente al creyente a una decisión vocacional, porque ahora es capaz de identificar los signos de predilección que le impulsan a proclamar su fe en Jesús el Maestro. Probablemente, Simón Pedro no fue el primero en manifestar su fe. Esto es lo que yo llamo “el riesgo cristiano y la decisión de la fe”. Abraham ya lo había demostrado, hablé de ello en detalle en el primer capítulo de este libro. También tenemos la profesión de fe de Juan el Bautista (cf. Jn 1,29), la de María, que tuvo el valor de llevar en su seno al Dios hecho hombre (cf. Lc 1,38).

Sin embargo, Simón Pedro, por dejarlo todo para seguir a Cristo (cf. Lc 5,11) y por seguir al que le llamó desde la barca de Genesaret como “el Cristo de Dios” (Lc 9,20), se hace especial. Es él quien se une claramente a las filas de los guardianes de los misterios. Su fe en el “Cristo de Dios” le hace merecedor de la confianza del Maestro, expresada exclusivamente en el evangelio según San Mateo: “Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (...). Os daré las llaves del reino de los cielos: lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo” (Mt 16,17-19). Con este anuncio hecho por Jesús, asistimos al desvelamiento de un proyecto de vida que ya no se limita a las realidades terrenales, sino que implica también las celestiales y espirituales. Por ello, la vida terrenal del creyente debe comprometerse realmente con valores que le permitan vivir una vida de paz. Por eso también el hombre está llamado a luchar por la ciudad celestial, porque es ciudadano del cielo. En definitiva, el riesgo cristiano y la decisión de fe impulsan a aspirar a entregarse más allá del espacio y del tiempo. Por último, la decisión de fe implica el compromiso de acompañar al Maestro en el camino hacia nuestra dicha. El apóstol Pablo lo experimentó y atestigua con calma su decisión de fe: “He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; si ahora vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Gál 2:20).

Morir para vivir en Cristo

El horizonte de la experiencia y el deseo de Dios ofrece una oportunidad providencial para dar un paso más en los caminos de Dios y para descubrir y seguir explorando las inagotables riquezas del misterio de Jesucristo. Porque es en Él donde el cristiano muere a una nueva vida en Él. Morir para vivir también prepara al cristiano para celebrar el gran anuncio del misterio de la Encarnación. La gloria de Dios, manifestada a la humanidad, ha realizado y sigue realizando la íntima unión de los miembros de la Iglesia. En efecto, si la Iglesia, de la que somos miembros por el Bautismo, es el Cristo total, entonces en ella y también a través de ella, Dios sale al encuentro de nuestra humanidad para hacer de ella un universo donde la vida reina en plenitud. Así, quien muere por Cristo y su Iglesia, vive eternamente en Cristo y con Cristo. Y en este caso, seguir a Cristo significa simplemente morir por Cristo. Es Él quien se unió a la humanidad cuando se cumplieron los tiempos y continúa hoy estimulándola con el poder vivificante del Espíritu Santo para que participe en la herencia que Dios Padre ha preparado para los siglos.

Morir para vivir en Cristo significa salir de uno mismo, abandonar las decisiones y planes egoístas para abrazar el plan de Dios a través de su Hijo. Es pensar a Dios para vivir a Dios y hacer su voluntad. Así, Jesucristo, el Hijo de Dios, modeló su vida según el plan del Padre. Solo vivió para hacer la voluntad del Padre que lo envió al mundo. Dijo: “Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y hacer su obra” (Juan 4, 34). Ya en el primer capítulo de la Carta a los Filipenses, san Pablo confesó su grandeza a Cristo, a quien estaba deseoso de servir hasta la muerte; Cristo es su vida para él, y si muriera, sería una ganancia imperecedera. De hecho, esta confesión paulina debería ser el lema, o mejor dicho, la profesión de fe de todo discípulo de Cristo. Aunque deba sufrir, aunque deba morir, está convencido de que es un vehículo para la expansión del Reino de Dios, y su muerte inaugura su vida en Cristo.

No cabe duda de que todos los seguidores de Cristo desean tener una experiencia vital con Él, o aspiran a conocer la plenitud de la vida interior en Cristo, o incluso a dedicarse a su servicio con un corazón indiviso. Sin embargo, todo discípulo de Cristo, animado por este gran deseo de vida, solo puede alcanzar esta meta si carga con su cruz cada día y sigue a su Maestro. Si ser creado a imagen

de Dios significa que el hombre debe entrar en comunión con Dios a través de la adopción filial recibida de su Hijo, entonces esto significa que la vieja naturaleza pecaminosa en Adán debe morir para que el nuevo Adán, que es Cristo, pueda vivir en el hombre. Porque “si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24).

Cristo recuerda este principio y le da sentido en el sacrificio de su propia vida. Él es el primer grano de trigo que cayó en la tierra para morir, para que por su muerte haya vida en abundancia. Sin este sacrificio, no habría transmisión de la vida; es la prenda de la experiencia interior de todos los que forman parte de ella. Por último, debe ser la expresión vital de la nueva vida cristiana, pues su gloria es su propia vida reproducida en quienes forman parte de ella, es su expresión en medio del pueblo que la recibe. Y en Simón Pedro, Juan y Santiago vemos retratado a este pueblo que acepta la vida de Cristo a orillas del lago de Genesaret. Es esta aceptación de la vida de Cristo la que san Pablo expresa también en estos términos: “Porque en el pretorio y en todas partes, nadie ignora que es por causa de Cristo que estoy encadenado, y la mayoría de los hermanos en el Señor, animados por mis cadenas, están más seguros de proclamar la palabra sin temor”. (Fil 1:13-14).

CAPÍTULO III

Aquí estoy, envíame

Cuando uno experimenta a Dios, toda su existencia se sumerge en él. Y cuando uno se sumerge, está preparado para dar una respuesta personal a la llamada del Señor. Este capítulo llama a los creyentes de hoy y de mañana a comprometerse sin miedo ni temor al servicio de la humanidad. El paso del Señor en la barca de nuestra vida tiene un poder transformador tal que implica todos los aspectos de nuestra vida, su orientación general y sus motivaciones más profundas. Esto es lo que hemos podido percibir en los capítulos anteriores, con Simón como personaje central, y por supuesto otros personajes de las otras narraciones evangélicas, que reflejan el fascinante encuentro con el Señor, la opción por él y la vocación de seguirlo. Al igual que Simón Pedro en el Evangelio, la adhesión al Señor se expresa y manifiesta en lo que yo llamo “compromiso cristiano”, o simplemente la respuesta concreta al plan de Dios. Esta es la dimensión actual de nuestra vida de fe, llamada a la perseverancia y a la fidelidad, que son propias del Maestro que nos invita a seguirle, Jesucristo. En este capítulo quisiera también retomar el interés de la Iglesia por los jóvenes de todo el mundo, su amor por ellos y su preocupación por verlos salir y crecer en su relación con Cristo y con sus hermanos... Se trata, pues, con la ayuda de los sumos pontífices, de despertar en cada uno de ellos el gusto por el encuentro amoroso con el Hijo del Hombre.

Dones y responsabilidades: servir en el Espíritu

Como con Jacob, el Señor renueva su incesante cuidado: “No temas, porque yo te redimiré. Te llamo por tu nombre: ¡eres mío! Si caminas por las aguas, yo estoy contigo, y los ríos no te sumergirán; si caminas por el fuego, este no te quemará, y la llama no te

encenderá... Porque eres preciosa ante mis ojos; porque eres honrada, y yo te amo” (Isaías 43:1-5). Así, Isaías vio al Señor en el templo y fue allí donde se dio cuenta de que era un “hombre de labios impuros” (Is 6,5), un pecador. Pero después de ser limpiado por el fuego ardiente, Isaías respondió a la llamada del Señor: “Aquí estoy, envíame” (Is 6,8).

La vocación como entrega

La noción de compromiso, nos dirá André-Pierre Gauthier, remite a múltiples significados, aparentemente muy diferentes. Por ejemplo, dos personas que se comprometen entre sí, un conductor que se compromete en un cruce... Lo que tienen en común estos ejemplos es que en todos los casos nos comprometemos, es una decisión personal y libre²⁶. El compromiso, de hecho, significa tomar una decisión consecuente. El compromiso se basa, pues, en la libertad, a menudo individual, y sobre todo en la responsabilidad, que presupone una cierta madurez. Es una respuesta, una disponibilidad, un servicio. Al mismo tiempo, el compromiso implica una exigencia ética y social. El Dios que nos llama nos confía una misión en el corazón de nuestras familias, nuestras comunidades, nuestras sociedades y el mundo en general. Hoy en día, en un mundo marcado por el excesivo individualismo, el emocionalismo y la autorrealización, es necesario reconsiderar la palabra y volver a proponerla adecuadamente. Para ello, hay que profundizar en su significado cristiano a la luz del Evangelio y como expresión del seguimiento de Jesucristo. El encuentro con nuestro Señor Jesucristo, vivo y presente aquí y ahora en las experiencias difíciles de nuestra vida, no puede sino impulsarnos a afrontar los retos que nos imponen el miedo, el terror, la ansiedad, el desánimo, la presión de los que nos rodean, el abandono, etc. Es, por tanto, la realidad que suscita en las mujeres y en los hombres, en los jóvenes y en los niños afectados por esta experiencia, el deseo de seguirle imitando lo que es, dedicándose al servicio de los demás, saliendo al encuentro de los otros. Pasamos así de un individualismo excesivo a un altruismo sin precedentes.

26 Cfr. ANDRE-PIERRE GAUTHIER, *Au risque d'un oui, un projet en fraternité*, Beauvais, 2011.

El profeta Isaías nos da una respuesta llena de amor y que deleita el corazón de Dios. Supo mostrar su disposición para la misión de Dios en el mundo: “Entonces oí la voz del Señor que decía: “¿A quién enviaré y quién irá por nosotros? Respondí: “Aquí estoy, envíame”. (Is 6,8). El compromiso cristiano se entiende así como una respuesta creyente, amorosa y confiada a Cristo, confesado como Salvador y Redentor de la humanidad. Es el modo de expresión a través del cual se manifiesta la experiencia de él. La dinámica del compromiso se entiende como la dinámica de la fe, la esperanza y la caridad en la vida de los que han recibido el Bautismo. La raíz de esta experiencia bautismal requiere que cada creyente “comience de nuevo desde Cristo”.

Apóstoles de la comunión universal

La participación en la comunión universal tiene lugar tanto en la solidaridad de los hijos de Dios como en el compromiso responsable, mediante la conciencia de los dones y talentos que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones. Puesto que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, nuestra existencia entra inevitablemente en la dinámica de la responsabilidad, en la que todos estamos llamados a vivir plenamente los dones que hemos recibido del Espíritu Santo. Por lo tanto, todo lo que recibimos en el Espíritu debe ser puesto al servicio y a la edificación de la humanidad y de la Iglesia. Aquí, con el cuarto Evangelio, vemos desvelado el gran mandamiento del amor que dispone a cada uno de los fieles de Cristo a ofrecerse libremente a su comunidad: “Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros”, nos dice San Juan (Jn 13,34-35). No podemos hablar de los dones sin recurrir a San Pablo, que instruyó a los corintios sobre la diversidad de dones y carismas otorgados por el Espíritu Santo. El Apóstol les instó, y a nosotros hoy, a cuidar estos dones y carismas, a ponerlos al servicio de la comunidad. (La responsabilidad cristiana supone que cada persona sea consciente de los dones y carismas que ha recibido de Dios y que los utilice para el bien común, en la familia a la que pertenece y en todos los demás ámbitos de la vida en los que está llamada a vivir. En efecto, negarse a dispensar nuestras bendiciones para la edificación de la Iglesia o de la sociedad significa negarse a reconocer la bondad de Aquel que nos ha creado a su imagen y semejanza, y por tanto negarse a responder a su plan.

La parábola de los talentos (cf. Mt 25,14-30; Lc 19,12-27), similar a la de Jn 15,1-12 (la vid y los sarmientos), nos advierte de que no debemos ignorar u ocultar nuestros talentos. Al igual que el maestro distribuyó los talentos a cada uno de sus obreros antes del viaje, así Dios nos ha dado los talentos, a cada uno según nuestras capacidades. Y al distribuirlos, espera que cada uno los haga fructificar. ¿Pero cómo? Ofreciéndonos al servicio de todos, comprometiéndonos en la construcción de nuestra sociedad y de la Iglesia. En una palabra, la parábola de los talentos nos anima a correr el riesgo de romper el miedo que nos impide aceptar ciertas responsabilidades que estamos llamados a asumir en nuestra vida cotidiana. Es a través del poder del Espíritu que recibimos los dones. Estos dones son la prenda del amor indefectible de Dios en nuestras vidas. Es nuestro deber y responsabilidad hacerlos fructificar mediante el esfuerzo misionero, con vistas a la comunión universal.

En una de sus famosas obras teológicas, Adolphe Gesché afirma: “Toda la revelación cristiana, como autorrevelación de Dios, es en todo sentido una propuesta de vida y de salvación para el ser humano”²⁷. Está claro, por tanto, que es una Palabra que llama al hombre a la existencia, una Palabra que se presenta no solo como una bendición, sino también y sobre todo como una promesa: la que establece una relación entre Dios y el hombre a partir de ahora. Una vez más, se pone de relieve la cuestión del valor del hombre: “¿Qué es el hombre?” Si fue creado por Dios, ¿para qué? En otras palabras, ¿cuál es su principal vocación? Este camino abierto por una llamada que ofrece un destino está radicalmente abierto a todo ser humano por el simple hecho de serlo. Y el Papa Juan Pablo II nos lo recuerda:

El ser humano, como persona, es una unidad de alma y cuerpo que se realiza dinámicamente a través de la apertura al otro. El ser-con y ser-para-los-otros, que se realiza en el amor, es constitutivo de la persona humana. Es precisamente el amor el que impulsa a la persona a desarrollar progresivamente la red de sus relaciones más allá del ámbito de la vida privada y de los afectos familiares, hasta abrirse a lo universal y abarcar -al menos como deseo- a toda la humanidad... Se trata de la

27 Cfr. ADOLPHE GESCHÉ (Dir.) - PAUL SCOLAS, *Et si Dieu n'existait?* Cerf, Parigi, 2001.

*necesidad de formar al hombre como persona: un sujeto que, en el amor, construye su propia identidad histórica, cultural, espiritual y religiosa, poniéndola en diálogo con los demás, en una dinámica de dones recíprocamente ofrecidos y recibidos... En el contexto de la globalización, es necesario formar sujetos capaces de respetar la identidad, la cultura, la historia, la religión y, sobre todo, el sufrimiento y las necesidades de los demás, con la conciencia de que "todos somos verdaderamente responsables de todos"*²⁸.

Una respuesta libre para ser pescadores de hombres

Si responder a la llamada de Dios significa simplemente entrar en la sala del banquete, es igualmente apropiado recordar la invitación a unirse a los otros invitados reunidos por la misma causa.

Más allá de la comodidad

Cuando uno se siente llamado al sacerdocio o a la vida consagrada, la primera acción a tomar es seguramente pedir a los responsables el ingreso en un seminario o en una casa de formación para la vida religiosa. Una vez ingresado, el candidato aprende nuevas responsabilidades y se le abren las puertas de la ordenación sacerdotal o de la profesión religiosa. Es entonces cuando es llamado más que nunca a la fidelidad al Señor que lo consagró. En un mundo en el que la tecnología avanza mucho, en el que el esfuerzo humano es sustituido por las máquinas, en el que Internet se ha convertido en el sistema de pensamiento del hombre, es un gran reto para los jóvenes y las jóvenes ponerse de acuerdo para superar estas barreras culturales, sociales, ambientales y familiares para converger en la Vida Consagrada. En un mundo en el que muchas familias están en crisis, en el que el divorcio se justifica por la búsqueda de la plenitud, los hombres y mujeres de nuestro tiempo, especialmente los jóvenes, están llamados a marcar la diferencia eligiendo vivir como la primera comunidad cristiana de Jerusalén: "Eran diligentes en la escucha de la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en

28 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, Ediciones Vaticanas, 1987, n. 38.

la fracción del pan y en las oraciones”. (Hechos 2:42). Y “todos los que se habían hecho creyentes estaban juntos y tenían todo en común”. (Hechos 2:44). Lo habían dejado todo, “casas, hermanos, hermanas, padres, madres e hijos” (Mat 19:29) por el reino de los cielos.

En el pasado, aprendí que los jóvenes no esperaban vivir en la “comodidad” de las comunidades religiosas o las diócesis. Querían ser santos, mediante el desafío y la transformación. Querían ser como Jesucristo: liberados del egoísmo y del individualismo; querían ser todo para todos. Querían liberarse de la mentira de que el poder y el dinero son el camino hacia el éxito y que el orgullo y la violencia son las formas seguras de ser escuchados. Querían pertenecer a un mundo más grande y hermoso, un mundo de amor y compromiso con los demás. Querían estar en contacto con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Son estos jóvenes del pasado no muy lejano los que el mundo de nuestro tiempo necesita tan desesperadamente. Para que esto sea efectivo, debemos necesariamente empezar de nuevo desde Cristo. ¿Deben esperar a ser santos para emprender el camino de la renovación? Por supuesto que no. El Señor los llama en sus debilidades y quiere hacerlos fuertes, si y solo si participan en su pedagogía de la kenosis. Porque “os basta mi gracia; mi poder se manifiesta mejor en la debilidad” (2Cor 12,9). (2Cor 12,9), el Señor nos tranquiliza; y San Pablo añade: “No dudaré en poner mi orgullo en mis debilidades, para que el poder de Cristo habite en mí... Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”. (2Cor 12:10).

Un giro decisivo para la vida consagrada y sacerdotal

En vísperas del Jubileo del año 2000, el papa Juan Pablo II, llamando a un florecimiento de las vocaciones a la vida religiosa consagrada, al sacerdocio, hizo un fuerte llamamiento a los jóvenes que quisiera repetir aquí para vosotros:

Muchos hombres y mujeres viven hoy en la oscuridad, en un mundo de ilusiones, sueños y falsas promesas. A vosotros, jóvenes, os digo: si sentís la llamada del Señor, no la rechacéis. Más bien, insértense con valentía en las grandes corrientes de santidad, que ilustres hombres y mujeres santos han iniciado en la estela de Cristo. Cultiva los anhelos propios de tu edad, pero adhiérete con prontitud al plan de Dios sobre ti, si te invita a buscar la santidad en la vida consagrada. Admira todas

*las obras de Dios en el mundo, pero sabe fijar tu mirada en las realidades destinadas a no desvanecerse jamás. El tercer milenio espera la contribución de la fe y la inventiva de legiones de jóvenes consagrados, para que el mundo se haga más sereno y capaz de acoger a Dios y, en Él, a todos sus hijos e hijas*²⁹.

A continuación, el Papa se dirige a las personas consagradas y reitera su llamamiento, animándolas a vivir su compromiso con Dios en fidelidad, edificándose y apoyándose mutuamente. También les recuerda su misión, que consiste en invitar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo a mirar hacia el futuro y a no dejarse abrumar por los asuntos cotidianos, sino a dejarse seducir por Dios y por el Evangelio de Jesucristo, a pesar de las muchas dificultades que se presentan³⁰. Les invita a desprenderse del mundo para adherirse al mundo de Dios.

Identificación y libertad personal, un despertar de la juventud

Los jóvenes, a menudo reconocibles por su ardor, vigor e iniciativa, sufren cada vez más el “síndrome de resignación y abandono”; resulta que muchos ya no se molestan en identificarse.

Ser joven en el mundo actual

Como seres humanos, somos sagrados y sociales, dotados de muchos dones y talentos de Dios. Por tanto, ser humano es un don, ser joven es otro. Cada vez más, uno encuentra que los jóvenes ya no tienen ningún interés en la cosa de Dios; incluso parecen haber crucificado el Espíritu de Dios que está en cada uno de ellos. Se nota en muchos de ellos una cierta indiferencia y casi un desinterés por la Iglesia. Algunos de ellos están convencidos de que la Iglesia es algo para personas consagradas, clérigos o adultos. Sin embargo, los jóvenes cristianos católicos son la niña de los ojos de la Iglesia. Al igual que se dice que son “la punta de lanza de la nación”, así es la

29 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata*, Ediciones Vaticanas, Roma 1996, n. 106.

30 Cfr. IBID, n. 109, §§2,4.

Iglesia de hoy y de mañana. Y es que es “un don y un tesoro de Dios por el que toda la Iglesia está agradecida al Señor de la vida”³¹. San Pablo nos enseñó muy bien cuando, en la Epístola a los Romanos, nos recuerda que pertenecemos a Dios por medio del Espíritu Santo. Es este Espíritu el que hace que cada creyente deje de ser esclavo y se libere de las garras del miedo, del aislamiento, del desentendimiento, de la resignación (cf. Rm 8,14-15).

La verdadera fraternidad evangélica y la auténtica libertad de cada cristiano derivan de la verdad de que, por el Espíritu del Señor Jesús, recibido el día del Bautismo, somos enviados al mundo para encontrarnos con nuestros hermanos y anunciarles la Buena Noticia de la salvación en Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. El papa Juan Pablo II, siguiendo el ejemplo de San Pablo, animó a los jóvenes con las siguientes palabras: “No esperes a ser mayor para emprender el camino de la santidad. Da a conocer a todos la belleza del encuentro con Dios que da sentido a tu existencia. En la búsqueda de la justicia, la paz, el compromiso con la fraternidad y la solidaridad, ¡no te quedes atrás!”³². Porque somos hijos de Dios, el Espíritu nos abre a la paz y a la serenidad interior, a la alegría, a la fuerza y, sobre todo, a la esperanza. Nos convertimos así en un evangelio de la vida que, construido desde nosotros mismos, podemos transmitir al mundo, tan necesitado de nuevos puntos de referencia. Solo desde esta tranquilidad interior, plenamente vivida y compartida con nuestros hermanos y hermanas, podemos esperar construir un mundo nuevo, un mundo libre. El Papa Juan Pablo II no dejó de exhortar a los jóvenes de todo el mundo a asumir personalmente la tarea de evangelizar y cristianizar a los pueblos y a la sociedad, en primer lugar cristianizándose a sí mismos, ...para que pueda surgir un mundo diferente: un mundo en el que tengan cabida la tolerancia de los pueblos, el respeto a los valores humanos, el perdón y el reconocimiento del otro como imago Dei³³. El mundo actual está muy necesitado de auténticos testigos del Evangelio de

31 BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Africae Munus*, Ediciones Vaticanas, Roma 2011, n. 60.

32 JUAN PABLO II, *Mensaje a los jóvenes del mundo con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud*, Toronto, 28 julio 2002.

33 IBID.

Cristo; necesita jóvenes que crean en Jesús. ¿Sobre qué bases seguras podemos y debemos construir un mundo nuevo? O bien, ¿cuáles deberían ser las convicciones fundamentales de todos para la convivencia eclesial y social? La respuesta está en el mensaje evangélico del propio Jesucristo.

La atención del Papa Francisco

En una extensión de la pastoral juvenil, el Papa Francisco no ha faltado a su deber paternal de animar a los jóvenes cristianos del mundo a comprometerse sin reservas en la construcción de la Santa Iglesia. Al convocar un sínodo dedicado a los jóvenes, sobre el tema: “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”, el Santo Padre mostró su preocupación por dar a los jóvenes un lugar especial dentro de la gran familia de los creyentes, de la que todos, sin excepción, se sienten miembros. El santo Padre invitó a la Iglesia universal a interrogarse sobre cómo acompañar a los jóvenes en su camino de fe, en sus decisiones vitales, y a animarles a identificar las mejores formas de anunciar la Buena Noticia de Cristo. Este es el espíritu que animó este evento eclesial. Al final de este sínodo, se tomaron muchas resoluciones, que se hicieron públicas en el Documento Final, que da cuenta de todas las reflexiones previstas por nuestros padres sinodales.

Si las dos primeras partes hacen hincapié en el camino con Cristo, que lleva a su reconocimiento y al deseo de permanecer con él, la tercera y última parte abre perspectivas misioneras, en las que todo bautizado está llamado a ir a anunciar la Buena Noticia del Resucitado por todo el mundo. Tanto en el documento final como en la exhortación postsinodal, el Papa recuerda el importante papel que desempeñan los jóvenes en la Iglesia y en la sociedad³⁴. Recuerda el compromiso de los jóvenes que se manifiesta en las aguas del Bautismo en las que han sido sumergidos. Se convierten así en profetas, sacerdotes y reyes. A través de la Exhortación postsinodal *Christus Vivit*, descubrimos una Iglesia abierta a todos los jóvenes, estén dentro o fuera de sus fronteras. Para lograr la buena evangelización

34 Cfr. FRANCISCO, Exhortación apostólica postsinodal *Christus Vivit*, Ediciones Vaticanas, Rome 2019, n. 04.

deseada por Jesús, el papa Francisco les invita a una conversión de los corazones, sin la cual sus proyectos, por muy bellos que sean, nunca tendrán éxito.

Así, todos los jóvenes están llamados a levantarse y dar esperanza a la Iglesia y al mundo, que tanto necesitan un nuevo aliento. Sus carismas les hacen participar plenamente en la vida de la Iglesia, a través de grupos, asociaciones, movimientos, ingresando en institutos religiosos o sociedades de vida apostólica, etc.³⁵. Frente a un mundo amenazado por el individualismo y el excesivo sectarismo, donde la fe ya no es un bien a buscar, el papa Francisco sigue siendo optimista: ve en cada uno de los jóvenes del planeta una nueva fuerza para la vida de hoy y del futuro. Con sus palabras suaves pero convincentes, despierta las conciencias, hace sonar la campana para que la sociedad y la Iglesia sientan la presencia de esta dinámica que es la juventud. Con optimismo, el Papa reitera su mensaje en estos términos: “¡No dejéis que otros sean los protagonistas del cambio! ¡Ustedes, ustedes son los que tienen el futuro! Queridos jóvenes, no miréis la vida desde el balcón’, implicaros, Jesús no se quedó en el balcón, se sumergió...”³⁶.

35 Cfr. IBID., n. 203.

36 IBID, n. 174.

CAPÍTULO IV

Caminos futuros del plan divino

Este capítulo tiene un carácter particularmente psicoespiritual, porque el discernimiento de la vocación es una experiencia y un deber permanentes que implican toda la vida de fe del hombre; y porque la respuesta a la llamada de Dios tiene un doble objeto: su proyecto sobre el hombre y el deseo del hombre de manifestar su adhesión a él³⁷. Por tanto, hay que destacar la relación intrínseca entre el hombre y su deseo de estar en la intimidad de Dios, en su dimensión trascendente. Dicho esto, la experiencia de la vocación, una empresa siempre misteriosa y que varía de una persona a otra, requiere una apertura a la presencia siempre constante de Dios y un camino de conversión personal. Es en este camino de fe, vivido por cada persona en la Iglesia y en el mundo, donde se inserta la realidad vocacional y nace el deseo de Dios. El discernimiento es fundamental para el hombre y para el cristiano en particular. Su importancia deriva de su relación con la libertad del sujeto vocacional, que a su vez depende de la comprensión de la verdad práctica. Lo demostré con la escena de la pesca milagrosa de Simón Pedro, Santiago y Juan en el Evangelio según Lucas. Pudimos comprobar la libertad y la voluntad de estos actores, que nos invitan con su actitud a escuchar esta voz que nos “reta” a echar las redes más adentro. Descubrir la vocación cristiana significa, de hecho, reconocer que Dios nos llama a un camino concreto.

Para ello, propongo en estas líneas algunas actitudes, algunas dimensiones a desarrollar desde un diálogo entre la antropología teológica y la psicología de la vocación. Estas sugerencias servirán no solo al sujeto vocacional como quien busca crecer o como candida-

37 Cfr. ENRICO MASSERONI, «Il discernimento vocazionale nella direzione spirituale», in *Quaderno CNV*, n° 3, Annuncio, proposta, accompagnamento vocazionale, EDB, Bologna 1986.

to en formación, sino también a los responsables de la pastoral vocacional, a los confesores, a los guías espirituales y a los formadores de los conventos y seminarios mayores... Además, estas aportaciones específicas ayudarán a verificar el servicio de discernimiento vocacional que se realiza con toda persona comprometida en un camino de fe; y, si es necesario, también los criterios esenciales para salir de la incertidumbre o de la apatía del discernimiento vocacional, en el que el hombre podría empantanarse, dada la complejidad del contexto sociocultural en el que vivimos y nos movemos hoy.

Hacia un discernimiento psicoespiritual de la vocación humana y cristiana

La experiencia vocacional está marcada por acontecimientos que revelan al creyente la gracia del amor divino. Meditando sobre esta relación entre la vocación cristiana y la respuesta humana, san Josemaría Escrivá observó:

Si me preguntas cómo percibe una persona la llamada divina, cómo la realiza, te diré que es una nueva visión de la vida. Es como si se encendiera una luz en nuestro interior; es un impulso misterioso que lleva a la persona a dedicar sus mejores energías a una actividad que, poco a poco, con la práctica, adquiere la profundidad de una profesión. Esta fuerza vital, que tiene algo de tormenta impetuosa, es lo que otros llaman vocación³⁸.

En mi desarrollo anterior, subrayé cómo todo proceso vocacional entre el hombre creado y Dios creador se establece necesariamente sobre la base de la fe. Si Dios llama y el hombre responde, es en realidad porque se ha establecido en el hombre una fe viva, animadora y tranquilizadora. Los capítulos anteriores han mostrado el valor del encuentro del hombre con Dios y la necesidad de una conversión total, como la experimentada por Simón y sus dos compañeros de pesca.

De esta reflexión anterior se desprende que la dimensión humana en la dinámica del proceso vocacional implica la apertura del hombre al plan de salvación de Dios para él y para toda la humanidad. Porque

38 JOSÉMARÍA ESCRIVÀ, *Lettera del 9 gennaio 1932*, n. 9.

uno está llamado a una misión precisa, una misión que se desarrolla en el seno de una comunidad de hermanos y hermanas y que les ayuda a transformarse transformándose. De este modo, Simón pasó de su trabajo como pescador, que le ayudaba a cubrir sus necesidades diarias y las de su familia, a una responsabilidad más amplia que implicaba no solo a su familia, sino a la familia humana en general. Se convirtió así en el “profesional” de la integración cultural, religiosa, social y política allí donde se le enviaba. En su discurso en la montaña, Jesús disipa nuestras dudas: somos hijos de Dios, nos ama y nos llama a una vida en plenitud con él; una vida en el amor, la misericordia y la esperanza. Jesús quiere vivir según la voluntad de su Padre y nos invita a seguirle en este camino de amor que transforma el mundo. Quien acepta romper las cadenas de las ambiciones egoístas de este mundo y escucha la palabra de Dios, abriéndose por la fe a las promesas de vida eterna, recibe el Espíritu de Dios; pasa de la esclavitud a la libertad de los hijos de Dios (cf. Ga 5,1-15). En su infinito amor, Dios concede a la humanidad el don de la libertad, que fue inaugurado en el momento de la creación, pero que lamentablemente fue aplastado por el pecado, y cuya redención vendrá por medio de Cristo, por la gracia de Dios y el don del Espíritu Santo³⁹,

Para comprender mejor, he aquí una pequeña e interesante anécdota que involucra a dos personajes: el primero es un candidato a la vida misionera y el segundo es el responsable del acompañamiento vocacional en una comunidad religiosa. Se cuenta que un día, en el frío del invierno, un candidato a la vida misionera vino a cumplir una cita en un convento de una ciudad cercana. Llegó a las cinco de la mañana, tocó el timbre y fue recibido con gran dificultad por el guardián que le hizo sentarse en una pequeña habitación. El joven esperó durante tres horas, clavado en su asiento, sin ser recibido. A las ocho, un hombre de cierta edad, con aire decidido, se presentó y comenzó a interrogarle. Era un misionero jubilado, responsable de la recepción y el acompañamiento de los aspirantes. Sin perder tiempo, le hizo la primera pregunta al joven:

—¿Sabes deletrear? Aunque avergonzado, el candidato le respondió:

39 Cfr. CDF, n. 58.

- Sí, padre.
- Bien! continuó el misionero.
- ¿Sabes deletrear “Baker”?
- Con mucho gusto, respondió de nuevo el candidato, que comenzó a deletrear: P-a-n-e-t-i-e-r-e.
- Muy bien! dijo el misionero y continuó:
- ¿Sabes algo de números?
- Sí, padre, respondió el joven.
- Entonces, dime: $2 + 2 = ?$
- Cuatro, respondió tranquilamente el candidato.
- Bien, ¡has pasado la prueba! Informaré al consejo mañana, murmuró el misionero.

Y así terminó la entrevista. En la reunión del consejo del día siguiente, el misionero examinador explicó tranquilamente su método a sus compañeros: “Primero puse a prueba la abnegación del candidato haciéndole llegar a las cinco de la mañana, con el intenso frío del invierno. Dejó una cama caliente sin quejarse. A continuación, la paciencia. Esperó tres horas para verme. Entonces comprobé su temperamento y no mostró ni ira ni enfado. Al final, puse a prueba su humildad haciéndole preguntas que podría responder un niño y fue tan humilde y manso como un cordero. Será un excelente misionero”.

Este encuentro entre el misionero y el joven candidato tiene también un gran significado pedagógico y espiritual. Nos ofrece la oportunidad de releer la experiencia de Simón Pedro en su barca y su abnegación, a pesar de las confusiones que le habían habitado anteriormente. Había sido puesto a prueba, examinado y expuesto de una manera que solo comprendería más tarde, cuando se realizara el milagro de la captura. ¿Debería haber obedecido cuando estaba convencido de su capacidad profesional? ¿No debería haber resistido cuando el Señor le hizo la petición más difícil de todas: dejarlo todo y seguirle? ¿Cuántos milagros se han perdido por buscar un orden lógico en todo? Simón Pedro sale de su lógica autocomplacencia y cuando va más allá de la experiencia limitada, al ámbito de la confianza y el riesgo, se produce la maravilla. A partir de ese momento aprende a confiar en los mandatos del Señor. Su fe va más allá de la lógica para recibir finalmente las promesas de Dios.

A partir de los elementos objetivos y subjetivos que tienen en cuenta los hechos, las palabras y los gestos de Dios y las operaciones naturales de la persona llamada, es posible realizar un discernimiento integral de la propia vocación. El diálogo vocacional implica una metanoia, que es de hecho una decisión libre del sujeto, a partir de sus aptitudes naturales y personales.

Cómo encontrar la propia identidad básica

En su preocupación por fundamentar la vocación humana y cristiana a partir del “yo profundo”, Juan Pablo Lannegrace plantea una serie de preguntas como: “¿Quién soy yo en lo profundo? ¿Cuál es mi auténtica personalidad, cuál es la vocación que tengo para desenvolverme en este mundo? Según él, si el “yo profundo” fuera un lugar físico, sin duda se parecería a un pozo, en el que habría que profundizar para encontrar agua viva. Es el centro espiritual de todo ser, del que gravitan todos los valores y del que debe salir la fuente viva y brillar la luz. Según él, el ser humano no puede reducirse solo a su soma y su psique, sino que es más importante su pneuma, que le permite acceder al mundo espiritual y contemplarlo. Esta tríada indica tres realidades caracterizadas por su interrelación, para fortalecer la unidad de la persona humana⁴⁰. Es este “yo profundo” el que establece la identidad de todo ser y de todo cristiano y que, cuando no brilla, conduce a la tibieza y a la indiferencia espiritual.

Por eso, cada uno debe mirarse como en un espejo, en la perspectiva de la vida según la Palabra del Señor. Es la pedagogía espiritual de Jesús, que no se preocupa tanto de las experiencias pasadas de sus discípulos como de lo que pretenden llegar a ser en su futuro camino existencial y vocacional. Creado “a imagen y semejanza de Dios”, el hombre es un ser único. Recibe la salvación de Dios y la redención por medio de su Hijo Jesucristo, a través del Espíritu que da vida y santifica todas las cosas. Si no comprende que su identidad está en primer lugar en Dios y que está hecho para manifestar la gloria de Dios a través del testimonio de su propia vida, es evidente que permanecerá insatisfecho, incapaz de autoidentificarse.

40 Cfr. JEAN-PAUL LANNEGRACE, *Trouver son identité profonde avec les penseurs chrétiens*, Salvator, Paris, 2017, p. 39.

En su Magna Moralia, Aristóteles afirmó con razón el valor, la complejidad, pero sobre todo la posibilidad de alcanzar el autoconocimiento. Lo expresó en estos elocuentes términos:

Conocernos a nosotros mismos es muy difícil [...] y al mismo tiempo un gran placer [...]. Pero no podemos contemplarnos a nosotros mismos: la prueba está en los reproches que dirigimos a los demás, sin darnos cuenta de que cometemos los mismos errores, cegados como estamos, para muchos de nosotros, por la indulgencia y la pasión que nos impiden juzgar correctamente. Por lo tanto, al igual que nos miramos en el espejo cuando queremos conocernos a nosotros mismos, es volviendo la mirada hacia el amigo como podemos descubrirnos a nosotros mismos, pues el amigo es otro yo [...]. El autoconocimiento es un placer que no es posible sin la presencia de otro que sea nuestro amigo; el hombre autosuficiente necesitaría, por tanto, la amistad para conocerse a sí mismo⁴¹.

Aristóteles ya en su época invitaba a rebajarse, a la humildad y al espíritu de encuentro con el otro que es otro yo. Esta llamada del filósofo debe resonar constantemente en el hombre de hoy como un reto de amor; un reto de vida con los demás, acompañando a cada uno en su universo de autodescubrimiento. De hecho, los orgullosos, los despectivos y los complacientes no serían capaces de identificar sus puntos fuertes y débiles y distinguirlos. Se complacen en su locura de grandeza, desafiando a la comunidad. El autoconocimiento se entiende como la capacidad de verse a sí mismo con claridad y objetividad, en un constante cuestionamiento de y sobre uno mismo. Desde una perspectiva cristiana, el autoconocimiento, al igual que la experiencia de Dios, es una apertura objetiva al Espíritu de Dios, que nos da a conocer quiénes somos, de dónde venimos, qué sabemos, qué tenemos que esperar, etc. Por desgracia, muchas personas llevan máscaras durante toda su vida para aparentar ante el mundo algo distinto de lo que son. Al no tener este autoconocimiento, proyectan una idea opuesta a lo que realmente son.

Experimentar a Dios significa ser auténtico; significa reconocer los puntos fuertes y débiles de uno mismo con objetividad. Santa Teresa de Ávila insistió en una grandeza espiritual esencialmente centrada

41 ARISTOTELE, in GEORGE STOCK (trad.), *Magna Moralia*, Oxford University Press, Oxford, 1972, 1213a, p.14-26.

en Dios, para asegurar una sana y fructífera relación de intimidad con Él y con el prójimo⁴². Conocernos a nosotros mismos es tan importante que no podemos renunciar a ello, mientras nos mueva el deseo de crecer espiritualmente en Dios. El conocimiento de nosotros mismos solo será completo si nos abandonamos en las manos de Dios y nos dejamos guiar por su Espíritu. Contemplando su grandeza y magnificencia, entramos ipso facto en contacto con nosotros mismos, con nuestra indignidad. Contemplando su pureza y dejándonos impregnar por ella, tomamos conciencia de nuestros muchos defectos. En su humildad descubrimos más sobre nuestro orgullo. El peligro de no descubrirnos a nosotros mismos es muy grande. A menudo tenemos la tentación de acusar al prójimo de ser responsable de lo que nos ocurre. Y si Simón Pedro no hubiera mostrado un gran espíritu, sin duda habría acusado a sus compañeros de ser la causa de su desventura nocturna. Entonces habría demostrado que es un niño espiritual y moral, lo que hace que uno sea irresponsable e incoherente⁴³.

La mirada interior

Simón sabía que era un hábil pescador; sabía a qué hora y dónde echar las redes. Pero también sabía que a veces podía cometer errores; sabía que podía pasar algunas noches sin pescar nada. También sabía que podía confiar en los demás que le rodeaban y que compartirían su dolor por una captura infructuosa, y especialmente en Cristo. Este es el ejemplo de alguien que está dispuesto a mirar dentro de sí mismo. De repente, la confianza se estableció cuando escuchó las palabras de Cristo: “No temas, [Simón], desde ahora atraparás a los hombres” (Lc 5,10).

Hay una famosa anécdota sobre el valor de la mirada interior que se repite varias veces en los escritos espirituales de Anthony de Mello. Cuenta la actitud de un joven pez que no se identifica con su biotopo. Un día, cuenta la historia, este pez había ido en busca del océano. Entonces empezó a mirar a su alrededor sin encontrar nada. Entonces rogó a uno de los peces viejos que le ayudara en su búsqueda, diciendo:

42 Cfr. THÉRÈSE DE JÉSUS, in MARCELLE AUCLAIR (Trad.), *Le château intérieur ou Les demeures*, 1588, Arbre d'Or, Suisse, 2003, pp. 11-17.

43 Cfr. LOUIS ROY, *Se réaliser et suivre Jésus : est-ce possible?* Fides, Paris, 1989.

–Disculpe, usted es mayor que yo y tiene más experiencia, y probablemente pueda ayudarme. Dime: ¿dónde puedo encontrar lo que se llama el océano? He buscado por todas partes y no he encontrado nada.

–¿El océano? El viejo pez se sobresaltó y añadió: “¡Estás nadando en él!”.

–¿Esto? ¡Pero si es solo agua! Lo que busco es el océano -dijo el pez joven, muy decepcionado y despreciando al viejo pez ignorante, y con un movimiento de su aleta se fue a buscar a otra parte⁴⁴.

Esta pequeña anécdota, al igual que la anterior, tiene una gran relevancia pedagógica y espiritual para todos aquellos que quieran conocer la respuesta a la pregunta: “¿Quién soy yo?” De hecho, muchos hombres y mujeres se identifican hoy en día con este joven pez. Se resisten a la verdad, no están dispuestos a aceptarla. Le faltaba humildad al joven pez, que obviamente necesitaba información sobre su entorno natural para poder explorarlo mejor, pero que no estaba preparado para recibir la respuesta del anciano al que se acercó. Sin embargo, es necesario romper cualquier barrera de ceguera causada por creencias subjetivas e inmaduras, para tener una verdadera experiencia espiritual y vocacional. Es necesario cuestionar la propia interioridad, escucharla para descubrir lo que el mundo y Dios esperan. Para ello, sin embargo, hay que desarrollar un espíritu de meditación y contemplación y estar abierto a la gracia de Dios ofrecida por el Espíritu Santo.

Dicho esto, aceptar la propia existencia significa aceptar la voluntad de Dios. Porque es aceptando nuestra existencia como conocemos y encontramos a Dios. Y esta búsqueda de nuestra identidad requiere, en primer lugar, un amor objetivo y sincero hacia nosotros mismos, que luego se extiende al encuentro con nuestros hermanos. ¿No se dice a menudo en el lenguaje popular que “la mujer más bella solo puede dar lo que tiene”? O, en la antigua Roma, se decía que “Nemo dat quod non habet” para decir que es absurdo esperar algo de quien no tiene nada que ofrecer. Por tanto, está claro que hay que aceptarse a uno mismo, amarse de verdad, si se quiere amar al prójimo como a

44 Cfr. ANTHONY DE MELLO, *Comme un chant d'oiseau*, Desclée Brouwer, Paris, 1982, p. 23.

uno mismo. Simón Pedro fue capaz de mirarse a sí mismo y reconocerse como “pecador”. Y así nos enseña que nadie puede salir a mar abierto y hacer un “buen negocio” si no ha pasado por el ejercicio de la humildad, que es en realidad la admisión de la propia bajeza. Después de haber intentado discutir con el Señor con sus palabras humanas, Simón Pedro se impone una disciplina interior que le llevará a añadir estas palabras, que han dejado su huella humana para abrazar la vida del Espíritu: “... En tu palabra echaré las redes” (Lc 5,5). Y movido por el milagro de una pesca milagrosa, dijo temblorosamente a su Maestro: “Apártate de mí, Señor, que soy un pecador” (Lc 5,8).

La autoestima y el valor de la esperanza

Más allá de la mirada interior en nuestro camino espiritual y vocacional, la autoestima es indispensable para un crecimiento integral fructífero. Si hacemos una rápida digresión en la historia de las ciencias sociales y especialmente de las ciencias cognitivas, el concepto no es claramente rastreable en sus orígenes. Aunque algunas teorías psicológicas han emprendido investigaciones sobre el “yo”, hay que reconocer que la “autoestima” como tal no ha sido el centro de su atención. Observamos que, en la mayoría de las teorías relacionadas, se hace hincapié en la “autorrealización”, que otros llamarían “autorrealización”. Sin embargo, desde la perspectiva de la moral cristiana, la autorrealización es necesaria porque se piensa que es el punto de partida para la dicha o la felicidad. Uno no puede pretender ser feliz si no sabe amarse a sí mismo. Es una exigencia del Evangelio amarse a sí mismo para poder amar al prójimo. En el evangelio según Marcos, Jesús responde así a los fariseos y escribas que intentan ponerle a prueba con la pregunta del mayor mandamiento. El Señor dijo: “La primera es: ‘Escucha, Israel...’ Y el segundo es este: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’; no hay otro mandamiento más importante que estos” (Mc 12,28-31). La autoestima, al igual que el autoconocimiento, es el requisito previo para el encuentro con el otro, para el reconocimiento del otro, para el servicio al otro⁴⁵.

Por otra parte, la decisión vocacional es el lugar por excelencia del riesgo sobre la base de la fe. Si Dios no nos da siempre señales tan

45 Cfr. ANDRÉ GODIN, *Psychologie de la vocation. Un bilan*, Cerf, Paris, 1975.

evidentes para entendernos y captar el sentido de lo que espera de nosotros, nos da, sin embargo, la libertad de elegir las señales que más nos ponen a prueba. Volviendo a la experiencia de la pesca milagrosa que recorre este libro, uno de los signos llamativos que puede haber pasado por alto Simón Pedro es el brillo del día. Ser pescador de peces es ser capaz de invertir en el corazón de la noche oscura. Sin embargo, Simón Pedro acepta leer los signos de la presencia y el poder del Señor en esta luz del día. Es entonces cuando se adhiere a la presencia divina y dice: “Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada, pero en tu palabra echaré las redes” (Lc 5,5). Simón Pedro corre libremente este riesgo de aventura. Es el lugar del riesgo, pero también de la confianza en Jesús. Ahora está convencido de ello. Nadie puede comprometerse en lugar del otro, ni siquiera Dios. No sustituye nuestra libertad; nos deja hacer nuestra parte⁴⁶.

Entre el autoconocimiento y la autoestima, la visión interior y la libertad personal, se encuentra el valor de la esperanza. La esperanza, esta virtud teologal que surge del interior del alma, tiene que ver con el bien eterno. Anima y dirige nuestros deseos, para alcanzar el único deseo: el bien soberano del que habla santo Tomás de Aquino. No es una simple y frágil esperanza depositada en las cosas pasajeras del mundo. Por el contrario, abre una perspectiva de caridad que no pasa. Muchos jóvenes, por desgracia, reprimen sus deseos vocacionales más fuertes porque se apegan a lo que pasa y se desvanece. No tienen el valor de la esperanza. Esperan a tener todas las garantías físicas necesarias antes de salir. No confían en sí mismos, y mucho menos en Dios; subestiman su capacidad de caminar en la Iglesia con sus hermanos y hermanas; no quieren comprometerse en ningún sitio; quieren permanecer en la esclavitud del miedo. Por ello, se apresuran a pronunciar frases como: “No creo que pueda hacerlo... No tengo las habilidades para comprometerme con una vida así...”. Pero no hay verdadera vocación sin verdadera libertad y sin el valor de asumir riesgos. Porque toda verdadera libertad conduce necesariamente al don de sí mismo por amor a la humanidad⁴⁷.

46 LOUIS ROY, *Le sentiment de transcendance, expérience de Dieu ?* Cerf, Paris, 2000.

47 PIERRE BRUNETTE, *Sur les pas d'Emmaüs. Pour discerner et accompagner*, Médiaspaul, Montréal et Paris, 2005.

CAPÍTULO V

Camino de la identificación: el legado de Calasanz

La perfección cristiana (...) consiste en amar más a Dios, lo que puede hacer tanto un analfabeto como un hombre de letras, y este amor a Dios debe realizarse con muchos actos de humildad sin presumir nunca de alcanzar tal nivel de dignidad⁴⁸.

Al comienzo de este capítulo, quisiera expresar mi profunda gratitud y alabanza a Dios por su infalible presencia durante los últimos cuatrocientos años de existencia de la Orden de las Escuelas Pías. En efecto, la vocación escolapia forma parte de la realidad más amplia de la vocación cristiana, como todas las demás vocaciones en la Iglesia. Tiene su origen en el sacramento inicial del bautismo, por el que entramos en la intimidad del cuerpo de Cristo, del que Él es la cabeza, formando parte del pueblo sacerdotal, real y profético de Dios, que le pertenece. Este pueblo, cuya prefiguración y promesa fueron establecidas en la Antigua Alianza, manifiesta su realidad en la plenitud de los tiempos mediante la misión de Jesucristo, el Verbo encarnado, bajo la acción del Espíritu Santo, que da vida, guía y santifica todas las cosas por medio de Cristo. Me alegro de que este mismo Espíritu me haya llevado a responder a la llamada del Señor en un contexto concreto: la Orden de las Escuelas Pías (padres escolapios), obra iniciada por José Calasanz en Roma, dedicada a la educación de los niños y jóvenes, que fue nombrado patrono de todas las escuelas católicas por el papa Pío XII el 13 de agosto de 1948.

De hecho, este capítulo pretende revelar la grandeza de un hombre del siglo XVI que, no sin dificultad, supo leer los signos de su

48 MIGUEL ANGEL ASIAIN, in *Itinerario de espiritualidad calasanziana*, t. III, Calasancias, Madrid, 1990, n. 1385.

tiempo, apartándose sin remordimientos de su primer sueño (el de ascender en la escala eclesiástica de privilegios de su época), para entregarse por completo a la transformación de la sociedad romana, que iba perdiendo sus valores, a través de la educación de los niños abandonados en las calles de Trastevere. Como Simón Pedro, Calasanz escuchó la voz del Señor que le llamaba desde su barca interior: “Rema mar adentro y echa las redes para pescar” (Lc 5,4), para convertirse en pescador de los niños y jóvenes de Roma y del mundo entero, especialmente de los más pobres.

El hombre y su obra: algunas referencias biográficas

Como acabo de señalar, fue en el seno de la comunidad eclesial donde san José de Calasanz escuchó la voz del Espíritu en la vida de los niños pobres de Trastevere. Cuando dejó su tierra natal, España, para hacerse “grande” en el camino del mundo, el Señor transformó su motivación inicial al ver la realidad que imperaba en la Roma de su tiempo. Fue entonces cuando abandonó su red canónica para abrazar la de los abandonados. Siguió a Cristo con valentía y generosidad para convertirse con él en el servidor del mundo que sufre. Como Isaías en el Antiguo Testamento, Calasanz tuvo que responder al Señor: “Aquí estoy, envíame” (Is 6,8).

La familia: el punto de partida de la experiencia de Calasanz

Según historiadores y hagiógrafos, José Calasanz nació el 11 de septiembre de 1557 en Peralta de la Sal, en el reino de Aragón. Sacerdote católico en la diócesis de Urgel (España), fue también educador y fundador de la Orden de las Escuelas Pías, que proporcionaba educación gratuita a los hijos de los pobres. Fue contemporáneo y colaborador del famoso científico Galileo Galilei. Era el menor de ocho hermanos, entre ellos seis hermanas y un hermano. Sus padres, Pedro Calasanz y de Mur y María Gastón y de Sala, se preocuparon por el éxito de sus vástagos y les dieron una educación familiar ejemplar, que se vería reforzada por la enseñanza primaria, secundaria y universitaria de ambos. José fue el mayor beneficiario. Después de la escuela primaria en Peralta, en 1569 fue enviado a estudiar los clásicos en un internado de Estadilla dirigido por los frailes de la Orden Trinitaria. Allí, a los 14 años, descubrió su vocación sacerdotal. Para sus estudios superiores, Calasanz estudió Filosofía y Derecho en la universidad de

Lleida, donde se doctoró en Derecho. A continuación, inició un curso de teología en la Universidad de Valencia y en la universidad Complutense, también en su ciudad natal, Alcalá de Henares⁴⁹.

Cuando la madre y el hermano de José Calasanz murieron, su padre Pedro quiso que se casara para continuar la línea familiar. Afortunadamente, podríamos decir, en 1582 una enfermedad llevó al futuro siervo de Dios al borde de la tumba. Al ver esto, Pedro se dio cuenta de que su hijo sufría una enfermedad psicológica, causada por su negativa a verlo convertirse en sacerdote. Aceptó los deseos de su hijo y, de inmediato, Calasanz se recuperó⁵⁰.

Calasanz al servicio de la Iglesia

Calasanz fue ordenado sacerdote el 17 de diciembre de 1583 por Hugo Ambrosio de Moncada, entonces obispo de Urgel. Durante su carrera eclesiástica en España, Calasanz asumió diversos cargos de responsabilidad, primero en la diócesis de Albarracín, donde el obispo Gaspard de la Figuera le nombró teólogo, confesor, examinador sinodal y procurador de la diócesis. Cuando el obispo fue trasladado a Lérida, Calasanz le siguió a la nueva diócesis. Durante este tiempo, pasó varios años en La Seu d'Urgell. Como secretario del cabildo de la catedral, Calasanz tenía amplias responsabilidades administrativas. En Claverol, fundó una organización que distribuía alimentos a los pobres de la zona y sus alrededores.

En octubre de 1585, de la Figuera fue enviado como visitador apostólico a la abadía de Montserrat, y Calasanzio le acompañó de nuevo como secretario. Cuando el obispo murió al año siguiente, Calasanz abandonó la abadía de Montserrat, a pesar de la insistencia de algunos para que permaneciera allí. Se dirigió a Peralta de la Sal, su pueblo natal, donde quería asistir a la muerte de su padre. Desde allí, fue llamado por el obispo de Urgel para ocupar el cargo de vicario general del distrito eclesiástico de Tremp. Sin embargo, en 1592 abandonó definitivamente España y se dirigió a Roma para obtener más privilegios eclesiásticos. San José de Calasanz murió en Roma

49 Cfr. SEVERINO GINER GUERRI, *San José de Calasanz, maestro y fundador*, BAC, Madrid, 1992.

50 Cfr. DIONISIO CUEVA, *Saint Joseph de Calasanz*, Médiaspaul, Paris, 1997.

a la edad de 92 años el 25 de agosto de 1648. Fue beatificado el 7 de agosto de 1748 por el papa Benedicto XIV y canonizado el 16 de julio de 1767 por el Papa Clemente XIII. El Papa Pío XII lo proclamó Patrono de las escuelas cristianas en 1948⁵¹.

De pescador de canonica a pescador de niños pobres en Roma

José Calasanz solo tenía 35 años cuando fue a Roma. Esperaba continuar su carrera eclesiástica y obtener algún tipo de beneficio, que en aquella época se llamaba “canonjía”. Vivió allí durante unos 56 años hasta el final de su vida. Durante su estancia en Roma, conoció a un hombre ilustre, el cardenal Marco Antonio Colonna, que se convirtió en su mecenas y le eligió como teólogo y le confió la dirección espiritual de su personal.

Llamada a una nueva experiencia

La ciudad de Roma ofrecía un magnífico campo para las obras de caridad, especialmente para la educación de los niños abandonados y sin hogar, muchos de los cuales habían perdido a sus padres. Calasanz aprovechó la oportunidad que Dios le ofreció. Se unió a la cofradía de la Doctrina Cristiana, recogió a niños de la calle y los llevó a la escuela. El párroco de la iglesia de Santa Dorotea en el Trastévere, el padre Anthony Brendani, le ofreció dos habitaciones junto a la sacristía de la parroquia y le prometió ayudarle a enseñar. Con la ayuda de otros dos sacerdotes, Calasanz tuvo la audacia de abrir la primera escuela popular gratuita de Europa el 27 de noviembre de 1597, cinco años después de su llegada a Roma⁵².

El 25 de diciembre de 1598 se produjo el desastre. El Tíber, el río del centro de Roma, alcanzó un nivel de agua aterrador. La devastación fue máxima; cientos de familias, que ya languidecían en la pobreza a lo largo de las orillas del río, se quedaron sin hogar y sin comida. El número de muertos era alarmante. Así que José Cala-

51 Cfr. SEVERINO GINER GUERRI, Op. cit.

52 Cfr. MARIO SPINELLI, *Giuseppe Calasanzio, il pioniere della scuola popolare*, Città Nuova, Roma 2001.

sanz, un hombre flemático pero sin escrúpulos que se había unido a una cofradía religiosa dedicada a ayudar a los pobres, comenzó la limpieza y recuperación de la ciudad. En 1600, abrió su Scuola Pia en el centro de Roma y, en respuesta a las numerosas solicitudes de matrícula, estableció extensiones. Dado el alcance y la importancia de esta nueva obra, muchas personalidades eclesiásticas, amigos y nuevos conocidos del fundador, contribuyeron a la obra, tanto que en poco tiempo Calasanz tenía unos 1.000 niños a su cargo. Gracias a este rápido crecimiento, en 1602 Calasanz alquiló una nueva casa en Sant'Andrea della Valle, donde, junto con sus colaboradores, en particular Pietro Casani⁵³, iniciaron una vida comunitaria, sentando así las bases de la Orden de las Escuelas Pías.

Innumerables prodigios: el legado de una obra noble

El 6 de marzo de 1617, el Papa Pablo V, con el Breve “Ad ea per quae”, aprobó la Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, primer instituto religioso dedicado esencialmente a la enseñanza. La Congregación fue elevada por el papa Gregorio XV a Orden Religiosa con votos solemnes el 18 de noviembre de 1621, con un breve “Ordo Clericorum Regularium Pauperum Matris Dei Scholarum Piarum” (Orden de los Clérigos Pobres Regulares de la Madre de Dios de las Escuelas Pías). Mientras que las Constituciones fueron aprobadas el 31 de enero de 1622 por el mismo Soberano Pontífice y se concedieron a la Orden todos los privilegios de las Órdenes Mendicantes, con el reconocimiento de Calasanz como Superior General⁵⁴.

Los escolapios profesan los votos de pobreza, castidad y obediencia. Y, de acuerdo con el voto de obediencia, profesan un cuarto: dedicar su vida a la educación de niños y jóvenes. Cuando Calasanz murió, dejó a la Iglesia y a la sociedad un inmenso legado, y es tras sus huellas, en medio de los niños y jóvenes de ayer, hoy y mañana, donde fijo mi mirada y me inclino ante su memoria. Al igual que Jesús, tomó a los niños pequeños y les enseñó el temor de Dios. Y nos

53 Cfr. CARLO CREMONA, *Giuseppe Calasanzio – Vita avventurosa del santo inventore della scuola per tutti*, PIEMME, Roma 2000.

54 Cfr. ANTONIO LEZAUN, *Histoire de l'Ordre des Écoles Pies* (Manuel), ECCE, Madrid, 2011.

legó, como un eco, esta recomendación evangélica: “Quien acoge a uno de estos pequeños en mi nombre, me acoge a mí” (Mt 18,5).

La apertura de Calasanz al dinamismo del Espíritu

Los escolapios de ayer y de hoy comparten la experiencia espiritual de su fundador, imitando a Jesús, el Pastor por excelencia, que vela por su rebaño día y noche. Como Simón Pedro y como José Calasanz, escuchan la llamada del Señor en una experiencia personal de sus vidas. Responden a la llamada y son así enviados como obreros a la gran mies para la evangelización de la sociedad a través de la educación de los niños y jóvenes, especialmente los más pobres, en la “Piedad” y las “Letras”.

Imitación de Cristo

“Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque el reino de los cielos es para los que son como ellos. El reino de los cielos es para los que son como ellos” (Mt 19,14). Y “Quien acoge a uno de estos niños en mi nombre, me acoge a mí; y quien me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado” (Mc 9,37). Estos dos pasajes de la Escritura fueron durante toda la vida de Calasanz la brújula que le orientó hacia la razón misma de su misión en la tierra: seguir a Cristo, el amigo de los pobres y de los niños. Lo siguen siendo para todos los escolapios del mundo y para todos los que comparten el legado del fundador. Una de las consecuencias de la naturaleza humana es que las personas están llamadas a la solidaridad universal. Al sumergirnos en la historia de la creación, no podemos dejar de percibir el amor que el Creador tiene por la humanidad. En este sentido, el símbolo central de Dios en la fe cristiana se extrae de este amor inconmensurable por la humanidad. En la Primera Carta de San Juan leemos: “Dios es amor” (1 Jn 4,8.16). Se nos ofrece totalmente a través de su único Hijo Jesucristo, que entró en nuestra historia. Este es el misterio de la Encarnación, la obra conjunta de la Santísima Trinidad⁵⁵. Esta comunidad de personas es el ejemplo perfecto de solidaridad al que el mundo está invitado hoy. San José de Calasanz fue testigo indiscutible de ello.

55 Cfr. LOUIS BOUYER, *L'Église de Dieu. Corps du Christ et temple de l'Esprit*, Cerf, Paris, 1970.

Incluso en medio de los tormentos que experimentó mientras ejercía su ministerio en la Iglesia y en el mundo, Calasanz supo mantener su fe y se encomendó incesantemente a las inconmensurables maravillas de la Santísima Trinidad. La imitación de Cristo es un deber del discípulo que busca construir su identidad cristiana en un proceso de identificación y uno de los valores terminales. ¿Y qué significaría construir la propia identidad cristiana a partir de un proceso de identificación? De hecho, en el lenguaje puro de la antropología vocacional cristiana, la identidad y la identificación están interconectadas. No se puede hablar de uno sin mencionar al otro. De lo contrario, lo uno sin lo otro sería una mera teoría. Si admitimos que la identidad cristiana es aquella realidad que define al hombre según lo que es en relación con el misterio de la Santísima Trinidad, solo se hace visible cuando se encarna a través de un proceso de identificación. Entonces, esta identidad impulsa al hombre creyente a encontrar a Cristo a través de los *anawim* de Dios.

Además, el misterio de la Santísima Trinidad, resumido en la famosa frase “Dios es amor”, nos sugiere que el Dios cuya imagen y semejanza hemos adquirido es en sí mismo una comunidad de Personas, movidas por la comunión y radicalmente iguales entre sí por un amor inefable. Esta experiencia de vida divina nos invita a trabajar, cada uno a su nivel, por la promoción del amor y la justicia, la paz y la armonía, por la promoción de la dignidad de la persona humana y la solidaridad universal. Todos están llamados a participar en la construcción de una comunidad de hermanos y hermanas, caracterizada por la igualdad de todos. En su perspectiva trinitaria, la Iglesia ha descubierto un significado especial en la historia de la creación humana. Si se considera el segundo capítulo del Génesis desde una perspectiva trinitaria, queda claro que la imagen impresa en el hombre es sobre todo relacional. Cuando estamos en comunión con Cristo, el Espíritu Santo nos sumerge y nos pone en relación con el Padre, y nos volvemos capaces de trabajar junto con el Dios Trino para realizar su plan de amor para toda la creación. (Cf. Gén 1:26-27).

Como Santiago y Juan, que fueron testigos de la omnipotencia de Jesús junto a su hermano Simón Pedro, todos los escolapios quisieran experimentar la presencia del Señor Jesucristo en la Iglesia para realizar esta noble misión en su nombre. La realidad histórica de nuestro tiempo es cada vez más compleja; los valores religiosos

y morales están perdiendo su significado en la sociedad. La llamada de Jesús a los Calasanz de su tiempo y a cada uno de nosotros hoy sigue siendo, por tanto, una vocación, una llamada a leer la realidad a la luz del Evangelio.

Así, podemos aceptar como proyecto de vida el restablecimiento de los valores humanos, religiosos y morales, iniciando en los más jóvenes la experiencia de intimidad con Dios. De hecho, si se educa a los niños en la “piedad” y las “letras” desde una edad temprana, seguro que tendremos una sociedad más justa y humana. Esta era la convicción de San José de Calasanz y debería seguir siéndolo para nuestro mundo actual. En el mundo, los nubarrones se ciernen sobre muchos; la gente sufre y muere de hambre material, de hambre de justicia, de cultura, de educación y de fe; hay quienes viven en un vacío interior y en la ausencia total de la experiencia de Dios... En este contexto, el Señor nos llama a cada uno de nosotros por su nombre para que anunciemos y demos testimonio del Evangelio de Cristo, que nos impulsa a ir a lo más profundo para convertirnos en pescadores de hombres. De este modo, todos nos convertimos, con Calasanz, en segadores de Cristo en una sociedad moribunda.

El Espíritu que santifica y da todo

Hablando del dinamismo del Espíritu en la experiencia escolapia, Pedro Aguado Cuesta, Sch. P.⁵⁶, Superior General de la Orden de las

56 PEDRO AGUADO CUESTA es un religioso, educador y sacerdote de la Orden de los Clérigos Pobres Regulares de la Madre de Dios de las Escuelas Pías (o Padres Escolapios). Es Superior General de la Orden desde 2009. Nacido el 26 de junio de 1957 en Bilbao (España), fue alumno del Colegio Calasanz de la misma ciudad. Ordenado sacerdote el 13 de junio de 1982, pasó sus primeros años como profesor y animador pastoral en el Colegio Calasanz de Pamplona (España). En 1985, fue nombrado rector y director de escuela en Bilbao. Licenciado en Pedagogía y Teología, es también experto en Pastoral y amante del carisma escolapio. En 1995 fue elegido Superior Provincial de Vasconia y reelegido en 1999. También fue Provincial de la nueva Provincia de Emaús en 2007 y dos años después fue elegido Prefecto General durante el XLV Capítulo General celebrado en Peralta de la Sal (España) en 2009. Desde 2016, el Papa Francisco le ha nombrado Consultor de la Congregación para la Educación Católica, responsabilidad que compagina con la de Presidente en funciones de la Comisión de Educación de la Unión de Superiores Mayores. El padre Pedro fue reelegido para un tercer mandato al término del XLVIII Capítulo General celebrado en febrero de 2022 en México, con la aprobación oficial de la Santa Sede.

Escuelas Pías, escribió en su tradicional “*Salutatio Patris Generalis*” a toda la familia escolapia, invitando a abrirse al dinamismo del Espíritu Santo. Con su permiso, comparto con ustedes algunos puntos destacados de su correspondencia titulada: “Bajo la guía del Espíritu Santo”:

Calasanz comenzó sus Constituciones, escritas hace 400 años, con una frase que los escolapios de todas las generaciones han aprendido de memoria: “Spiritu Sancto duce”. La Congregación General ha decidido que nuestro 48º Capítulo General sea convocado con este lema tan querido por el santo fundador: “Bajo la guía del Espíritu Santo” [...] Lo que buscamos, lo que soñamos y esperamos, es que nuestro Capítulo General sea realmente la ocasión del Espíritu, una oportunidad para escuchar y acoger sus inspiraciones, un espacio de discernimiento espiritual que nos ayude a marcar el rumbo que la Orden debe seguir en los próximos años, en fidelidad al Evangelio, a Calasanz y a nuestra misión educativa y pastoral. Escribo esta carta fraterna para contribuir a este valioso objetivo: reflexionar en profundidad sobre lo que significa celebrar un Capítulo General “bajo la guía del Espíritu Santo” [...]”⁵⁷.

Esta convocatoria podría entenderse también como una exhortación a todos. No es solo escolopio, porque lleva un mensaje evangélico universal. Cada uno puede entonces reflexionar sobre las implicaciones, las exigencias, la pertinencia y la resonancia de tal apertura al Espíritu de Dios que, como nos dice san Pablo, es un Espíritu que nos libera de las cadenas que nos han mantenido prisioneros durante mucho tiempo por nuestro egoísmo, nuestra indiferencia, etc.

Es, pues, este Espíritu de libertad el que nos hace llamar a Dios “¡Abba! Padre” (cf. Rom 8,15). Solo al precio de esta intimidad con el Espíritu Santo, cada uno de nosotros podrá realizar proyectos tan grandes para el mundo, para la Iglesia y para toda la sociedad, como respuesta a la llamada del Señor. San José de Calasanz recibió un carisma original de Dios, que le llamó al servicio incondicional de los jóvenes y niños de corazón. Este carisma, que tocó su corazón hace siglos, puede renovarse hoy al servicio de los pobres, los

57 PEDRO AGUADO CUESTA, *Salutatio Patris Generalis*, San Pantaleo - Rome, Sept. 2020.

marginados, los desatendidos... En resumen, su campo de batalla siempre ha sido la infancia y la juventud miserables en la pérdida de valores. Esto es lo que Dios quiso para Calasanz y lo que generosamente nos transmitió. Esta fue la obra de Dios en Calasanz, que se dejó llevar por este camino de la vida: se ofreció total, libre, incondicionalmente, con amor, cariño y sinceridad a quien le llamaba a través de los niños y jóvenes más pobres.

De este modo, descubrimos precisamente el camino trazado por este gran hombre que, a lo largo de su vida, no cesó de reiterar su deseo de ver y vivir una sociedad que viviera el Evangelio de Cristo. De ahí la invitación con estas palabras: “Cristo, que compartió la vida de los humildes y bendijo a los niños que se acercaron a él, nos propone su sencillez cuando dice: “Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18,3). “Si llevamos estos sentimientos del Señor, nos convertiremos en colaboradores de la Verdad divina y seremos más capaces de ajustarnos al estilo de vida de los niños y los pobres”⁵⁸. He aquí una invitación que resuena más que nunca y nos revela el camino que debemos seguir. Dicho esto, seguir el itinerario trazado por Calasanz hace cuatrocientos años significa estar dispuestos a ponerse de nuevo en marcha, como buenos pastores que guían el rebaño de niños y jóvenes de nuestro tiempo allí donde surja la necesidad. Ponerse en camino es también revestirse de la pequeñez infantil; es ofrecerse al servicio de los pequeños, amar la misión y comprometerse libremente con ella. Estar en el camino es también tener un “espíritu misionero”, salir a descubrir nuevos horizontes. En esta lógica de vida, Simón Pedro se convirtió en el “pescador de hombres” de Cristo. Por tanto, todos estamos llamados a ponernos en marcha y, sea cual sea nuestra situación, a dejarnos habitar por este soplo de vida que es el Espíritu Santo, para que riegue nuestra vida cotidiana y nos permita vivir como hombres y mujeres, para la gloria de Dios y la salvación del prójimo. También debemos ayudar a los jóvenes a salir de sus mundos recién formados, pero escuchando la voz del Señor que les invita a “remar mar adentro”.

58 C., n.19.

CAPÍTULO VI

La experiencia y el deseo de Dios con María

La fe de María puede compararse a la de Abraham, llamado por el Apóstol “padre en la fe” (cf. Rm 4,12). En la economía salvífica de la revelación divina, la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la Anunciación inaugura la Nueva Alianza⁵⁹.

Así como Abraham, que ni siquiera sabía lo que YHWH esperaba de él, se puso en marcha de todos modos, abandonando sus voluntades y proyectos humanos (cf. Gn 12,1-3), así tenemos a María, en la que se realiza el diálogo perfecto entre la libertad de Dios y la del hombre, la que hace posible el proyecto vocacional. En ella se nos da la gracia de contemplar el proyecto de YHWH en Jesucristo. Generaciones de hombres y mujeres se han dirigido a ella, habiendo encontrado en ella refugio, esperanza y valor. Ella es la imagen del plan de Dios para la creación⁶⁰. También en ella se nos da la esperanza, para que incluso en medio del tumulto del mundo podamos acoger la palabra de Jesús, que nos susurra que nos hagamos a la mar y echemos las redes. La sabiduría de YHWH estableció en ella la sublimidad de una Madre, que llevó en su seno al Mesías, el Salvador de la humanidad.

Este último capítulo, por tanto, se propone revisar, en algunos puntos, los momentos clave de la experiencia mariana y su incidencia en la realización del proyecto vocacional del hombre. Porque en

59 RM, n.14.

60 Cfr. KARL RAHNER, « Le principe fondamental d'une théologie mariale », in *Recherches de Sciences Religieuses*, XLII, 1954, p. 508 ss.

María, en quien se inaugura la Nueva Alianza⁶¹, todo se refiere al Hijo⁶². Ella acepta con fe, por medio del Espíritu, su vocación, que manifiesta con su preocupación maternal, como se muestra, por ejemplo, en los Evangelios de la Visitación, las Bodas de Caná, el drama del Gólgota, etc.

Que todo ocurra según tu palabra

María, la Madre de Dios, “bendita entre las mujeres”, pudo asir la mano de su Creador mediante su “fiat”. Ella, que había sido elegida para una vocación única en la historia del mundo, consintió con alegría el programa que Dios había establecido desde el principio para la salvación de la humanidad. Como hija del género humano, está cerca de la humanidad y la experimenta, pues llevó en su seno al Verbo hecho carne. Ella es aquella en la que la santísima Trinidad ha manifestado plena y libremente su libertad, marcándola con un signo divino que la hace pura e inmaculada. Ningún pensamiento humano, ninguna inteligencia podría captar semejante enigma sin la ayuda de la fe. También María descendió a las profundidades de la oscuridad, el miedo y la confusión (cf. Jn 19,23-37). Sin embargo, cuando el ángel Gabriel le dijo: “No temas, María, porque has encontrado el favor de Dios”, ella se recompuso, se armó de valor, mantuvo su fe en Dios y pronunció estas palabras que son una profesión de fe en Dios: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí todo según tu palabra” (Lc 1,38). (Lc 1,38). Esta profesión de fe encuentra su parecido en las palabras de confianza de Simón Pedro en la barca del lago de Genesaret: “Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada; pero en tu palabra echaré las redes” (Lc 5,5).

María y luego Simón Pedro nos muestran lo que es realmente la fe. No consiste principalmente en una multiplicación de palabras. Una sola palabra basta para expresar la confianza en Dios: es el “sí” de María, el que resuena en “Que todo suceda según tu Palabra”. La fe es simplemente una adhesión al don gratuito de la vida recibido de Dios, incluso en medio de las confusiones y las garras del mundo. Es

61 Cfr. IBID.

62 Cfr. PABLO VI, Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, Ediciones Vaticanas, Roma 1974.

decir un “sí” firme incluso cuando el “no” parece imponer su fuerza. María podría haber dicho “no” a las angustiosas noticias del Ángel Gabriel; también Simón Pedro podría haber dicho “no” al Señor para un nuevo intento de pesca. Pero, movido por el Espíritu de Dios, aceptó este nuevo reto, confiando en la palabra que le acababa de ser pronunciada: “Rema mar adentro y echa las redes para pescar” (Lc 5,4). La fe se compromete a ir a lo profundo, es decir, a las profundidades, donde no se sabe cómo ir; donde todo parece imposible e intrigante; donde parece evidente que solo no se puede tener éxito. María es para todo creyente un ejemplo de lo que el Señor, en su magnificencia, puede realizar en quien acepta libremente caminar con él. El “sí” libre de María es una respuesta de constancia en su camino interior de fe, que la llevará inevitablemente al pie de la Cruz.

Esta joven de Galilea, que ni siquiera conocía a un hombre, se vio obligada a emprender la imposible tarea del embarazo y el parto. Sin embargo, no tiene miedo de seguir adelante en medio de la angustia que la impulsa en este momento. Ella dice valientemente su “fiat”. ¡Cuántas veces hombres y mujeres, niños y jóvenes abandonan su camino porque probablemente han fracasado en tal o cual proyecto! “Me es imposible seguir viviendo en estas condiciones, en esta situación... Es imposible para mí vivir este fracaso, esta soledad, estas pruebas de la muerte de mis seres queridos, de mi salud; ¡es imposible!” María, que lo aceptó todo por la humanidad, es por tanto un modelo de fe para todos, especialmente para los jóvenes de hoy que, queriendo descubrir y escuchar a Dios en su vida, se encuentran como en un laberinto, incapaces de decir valientemente “sí” a Dios.

María, modelo de vocaciones, acompaña el plan de Dios

Toda vocación en la Biblia encuentra su sentido en la figura de Cristo; aunque, cabe señalar, en la Antigua Alianza su percepción cristológica sigue estando implícita. Así, la vocación de Abraham, “nuestro padre en la fe” (cf. Rm 4,12), por ejemplo, a la que volví en la introducción del primer capítulo de este libro, se desarrolló en el plan de Dios como preparación del pueblo de Israel, del que saldría el Mesías. Sin esta sustancia cristológica y soteriológica, la irrupción de la Virgen María en este proyecto no tendría sentido. Como dicen Martini y Vanhoye:

No es posible sentirse llamado por Dios, descubrir la propia vocación, sin una verdadera relación con la Palabra de Dios por excelencia [Cristo], que contiene en sí misma todas las demás palabras de Dios. Concretamente, Jesús es la gran Palabra de llamada para el mundo, es quien contiene el plan de salvación para la humanidad, al que, por tanto, se refieren necesariamente todos nuestros planes. Este es el lugar de nuestras elecciones. Toda elección vocacional está inscrita en una historia con Jesucristo. De lo contrario, no se trataría de una elección vocacional, referida a la palabra de Dios, sino de una simple búsqueda de adaptación personal a las circunstancias concretas inmediatas⁶³.

Como he señalado anteriormente, la vocación, aunque es una realidad objetiva, es ante todo subjetiva, en el sentido de que cada una es una historia personal, llena de experiencias personales. Sin embargo, desde la llamada de Dios hasta la respuesta del hombre y sus múltiples experiencias, podemos ver analogías vocacionales. Por un lado, la historia de la salvación se desarrolla para todo el género humano; por otro, solo Dios es su autor, porque es él quien se revela a su pueblo, es él quien llama a cada uno por su nombre y le confía su proyecto. Es lo que hemos visto en los capítulos anteriores con Abraham, Moisés, Jeremías y ahora con María, la Madre de Dios.

Si el plan de Dios es dar todo a la humanidad, que él mismo se encargó de crear “a su imagen y semejanza”, entonces la Virgen María está en el centro de esta aventura, el puente que conecta nuestra existencia con nuestro Creador. “Se hizo servidora y discípula del Verbo hasta concebir en su corazón y en su carne al Verbo hecho hombre para entregarlo a la humanidad... Con su ejemplo e intercesión, la Santísima Virgen sigue velando por el desarrollo de las vocaciones y de la vida sacerdotal en la Iglesia”⁶⁴. Por eso, la principal característica que podemos recordar de ella es que fue capaz de responder con fe, como Simón Pedro, a la llamada de Dios, llevando en su seno al Hijo de Dios. Además, el Concilio Vaticano II mantuvo a la “Hija de Sión” como aquella a la que la humanidad, herida por

63 CARLO MARIA MARTINI - ALBERT VANHOYE, *Bibbia e Vocazione*, Morcelliana, Brescia, 1983, p. 23.

64 JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores Dabo Vobis*, Ediciones Vaticanas, Roma 1992, n. 82.

el pecado, esperaba para manifestar su salvación. Las palabras para expresar esta expectativa son explícitas:

La Virgen María, que en la Anunciación del Ángel recibió la Palabra de Dios en su corazón y en su cuerpo y presentó la vida al mundo, es reconocida y honrada como la verdadera Madre de Dios y del Redentor. Eminentemente redimida a causa de los méritos de su Hijo, unida a él por un vínculo estrecho e indisoluble, recibe la inmensa carga y dignidad de ser la Madre del Hijo de Dios y, por consiguiente, la hija amada del Padre y el santuario del Espíritu Santo, un don de gracia excepcional que la sitúa muy por encima de todas las criaturas del cielo y de la tierra. Pero también, como descendiente de Adán, está unida a toda la humanidad necesitada de salvación; en efecto, es verdaderamente “Madre de los miembros (de Cristo)... habiendo cooperado con su caridad al nacimiento en la Iglesia de los fieles que son miembros de esta Cabeza”⁶⁵.

No es posible situar a María fuera del misterio de Cristo. Porque este Misterio de Cristo se expresa también en el corazón de la propia historia de María. Así leemos en la epístola de san Pablo: “Cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la adopción”. (Gal 4:4-5). Es aquí donde entendemos la historia de María, que hace posible el ser histórico del Hijo de Dios, con todo lo que ello conlleva de humanización. Al igual que cumplió su vocación de Madre de Cristo y de toda la humanidad, es la madre de todas las vocaciones. Ella está a la puerta de toda llamada divina para ejercer su ternura sobre los que responden generosamente. Así, María acompaña a quienes se confían a ella en el momento de su decisión vocacional, ya sea el sacerdocio ministerial, la vida consagrada, el matrimonio, el celibato consagrado, etc.

La relación que existe entre la Virgen María y Dios se encuentra así en el Misterio de la Encarnación. Esta relación se define en vista de Cristo⁶⁶, porque ella llevó al Hijo de Dios en su corazón y en su

65 LG, n. 53.

66 Cfr. CONGREGACIÓN POR LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La Virgen María la formación intelectual y espiritual*, Ediciones Vaticanas, Roma 1988, n. 6.

cuerpo; así se convirtió en la Madre de Dios por la gracia. Gracias a esta misión única, Dios la preservó del pecado original, la colmó de la abundancia de dones celestiales y quiso que la Encarnación fuera precedida por su “Fiat”⁶⁷. La vida cristiana consiste en contemplar estas maravillas y vivir en la presencia de Dios, en recibir todo de Él, en recibir de Él la vida que está en Cristo Jesús. Para ello, debemos situarnos junto a María, confiando en Dios, porque con ella contemplamos el misterio; con ella, además, se abre una vida totalmente nueva, donde solo Dios es Dios, maestro y guía.

La esperanza que habita en María

La espiritualidad mariana nos lleva a la plena madurez en Cristo de la que habla el apóstol Pablo (cf. Ef 4,13). Se trata de dejarse formar y guiar por Jesús bajo la presencia maternal de María, su Madre. Se trata también de dejarse configurar con Cristo a través de ella. En este sentido, es imposible garantizar una experiencia como la de Simón Pedro sin aprender de María la paciencia, la humildad, la escucha, el valor y, sobre todo, la fe y la esperanza. El Cura de Ars lo había experimentado en su momento. Para él, “Jesucristo, habiéndonos dado todo lo que podía darnos, quiere todavía hacernos herederos de lo que es tan precioso para él, es decir, su madre”⁶⁸.

En efecto, la experiencia con María nos hace descubrir la acogida de la Palabra en la que Dios se hace presente en el mundo y en la vida de los hombres. Entonces, con Jesús, se encuentra toda la humanidad; su obra se multiplica y se convierte en “Todo en todo”, hasta el punto de que los hombres son interpelados desde lo más profundo de su ser con estas palabras de Cristo: “Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica” (Lc 8,21). La Madre del Señor se siente fuertemente como la presencia de la gracia. Por lo tanto, todo cristiano debe ponerse en su escuela. Porque ella es la maestra espiritual y el modelo de esperanza y fe activa. Y por la esperanza que reside en María, debemos ser capaces de confiarnos, como ella, a la Providencia que le hizo pronunciar la profesión de fe en su Creador: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38),

67 Cf. LG, n. 53.

68 BERNARD NODÉ, *La pensée et l'âme du Curé d'Ars*, 1^{ère} éd., Fayard, Paris, 1956.

acogiendo así a Dios, nuestra esperanza, de quien todo procede. Esta esperanza llega al hombre, al que ha hecho capaz y “un poco menos que Dios” (Sal 8,5), y es en María donde se realiza este proyecto y se intensifica el deseo humano de unirse a la comunión trinitaria.

En un mundo especialmente difícil como el actual, María sigue representando una esperanza y un punto de referencia para la educación en el humanismo. En la dinámica de acompañar al hombre en su constante búsqueda de la felicidad, la educación cristiana debe estar más arraigada en el Evangelio de Jesucristo, para que la esperanza brille en el corazón de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. En este sentido, el rostro, la presencia y el ejemplo de la Virgen María son esenciales. Porque, como he dicho antes, ayudan a profundizar en el conocimiento del misterio de Cristo, de la Iglesia y de la vocación del hombre⁶⁹. Desde el Cenáculo, donde la Virgen María permaneció en oración con los Apóstoles (cf. Hch 1,14), su solicitud maternal ha distinguido siempre a muchos creyentes, que ven en ella su nuevo refugio. Así, seguirá llevando en su corazón los dolores, las angustias y las alegrías de sus hijos e hijas, como signo del amor demostrado a su Hijo incluso al pie de la Cruz. Es la “Theotokos”, la Madre de Dios (cf. Concilio de Éfeso, 431).

El Señor está contigo

Cuando nos comprometemos a ir al abismo, el Ángel nos tranquiliza, como hizo con María en el pasado: “El Señor está contigo” (Lc 1,28). Esta expresión bíblica es la seguridad que se da a quienes son llamados a una vocación, por difícil que parezca, de que serán ayudados por la gracia de Dios. ¿Acaso no leemos la difícil experiencia de Moisés, llamado a sacar al pueblo de Israel de la tierra de Egipto (cf. Ex 3,12), o la responsabilidad confiada a Josué de cruzar el Jordán con el mismo pueblo (cf. St 1,9)? La fe de María, como la de Abraham, su padre en la fe, que acabamos de ver, no es obstinada; es una fe activa, que se deja guiar sin reservas hacia nuevos caminos. En su pobreza humana, recupera el esplendor y la pureza de haber consentido en acompañar el plan de Dios. En su humildad, se reviste de

69 Cfr. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, Ediciones Vaticanas, Roma 1987, n. 1-25.

grandeza, porque ahora es la esclava del Señor. Se abre, como Israel, a la salvación del mundo a través del Cristo que lleva en su seno.

María recibe la bendición de Dios en su Hijo, que permanecerá de generación en generación. Convertida en Madre del Salvador, estará llena de gracia en presencia del Ángel que le trajo la Buena Noticia. Como A. Feuillet: “Cuando el Ángel habla, esta frase [de bendición] no solo anuncia la gloriosa tarea que María tiene que realizar en la historia de la salvación, sino que indica que Dios ya ha obrado de tal manera que ella es un sacerdote para esta tarea”⁷⁰.

Vivir en la presencia del Señor supone que el hombre, como el patriarca Abraham, la Virgen María o Simón Pedro, emprenda un proceso interior de adhesión. Mientras que la fe y la obediencia de la Virgen María le valieron la gracia de llevar al Señor en su seno, la humildad de Simón Pedro en el lago de Genesaret le valió la pesca milagrosa y la misión de convertirse en pescador de hombres. De ambas experiencias, no cabe duda de que el Señor siempre se ofrece a los que aceptan experimentarlo. Por lo tanto, no hay respuesta a Dios que no dé lugar a una tensión más allá de la expectativa y la lógica humanas. Simón Pedro pudo emprender este viaje interior personal cuando el Señor le salió al encuentro en su barca. A partir de aquí se estableció un diálogo guiado por la escucha mutua. Escuchó la voz de su visitante, que le dijo en tono tranquilizador: “Rema mar adentro y echa las redes para pescar... No temas, a partir de ahora atraparás a los hombres”. Se llamó a sí mismo discípulo del Señor, obediente a su palabra de amor que renueva y quita los miedos. A partir de este encuentro con Cristo, Simón Pedro pudo encontrar respuestas concretas a sus muchas expectativas. Ahora sabe quién es; también sabe por qué Dios le ha creado, a dónde va y qué le gustaría llegar a ser al final con el Señor, es decir, un testigo del amor de Cristo entre sus hermanos, pescadores de hombres en el mundo. Porque incluso en él recae ahora la bendición y la gracia del Señor, que hizo que María dijera su “fiat”.

70 Cfr. ANDRE FEUILLET, *Jésus et sa Mère, d'après les récits lucaniens de l'enfance et d'après Saint Jean - Le rôle de la Vierge Marie dans l'histoire du salut et la place de la femme dans l'Eglise*, Gabalda et Cie, Paris, 1974, p. 45.

Conclusión

Las numerosas preguntas que el hombre se hace a lo largo de su historia son, en realidad, el reconocimiento de su dependencia del Ser Supremo, Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y estas preguntas se pueden resumir en una: “¿Qué es el hombre? El Salmo 8 ha expresado esta cuestión desde la antigüedad, los filósofos también⁷¹, y desde el siglo XX, los teólogos han desarrollado una antropología teológica. Para responder a esta pregunta y elegir un proyecto de vida en sintonía con nuestro auténtico ser, he subrayado en estas páginas que es esencial emprender un viaje interior, para comprendernos mejor a nosotros mismos y el plan de Dios para nosotros y para toda la humanidad. Esta empresa de autoconocimiento es un requisito previo para la felicidad que Dios, que nos ha creado, ha preparado para nosotros desde el principio del mundo.

La propuesta que he hecho en este libro incluye un sencillo proceso de apropiación del plan de salvación de Dios para la humanidad, para que cada persona, si se deja guiar por el Espíritu de Dios, pueda dar sentido a su vida y responder a la llamada del Señor. No se trata de un texto cuyo contenido sea una exposición de consejos sobre cómo decir sí al Señor. Pero el libro es una invitación a iniciar este diálogo interior con uno mismo, para definirse y descubrir el plan de Dios. Es sobre todo una contribución a la comprensión de la voluntad de Dios, expresada en actos y gestos, para los que solo se requiere atención y voluntad. No pretendía hacer una reflexión

71 Cfr. JEAN GREISCH, « Que m'est-il permis d'espérer ? - Herméneutique de la philosophie de la Religion », in *Revue des sciences religieuses (Sésame ouvre-toi)*, 93/4, Paris, 2019, pp. 343-367.

irrefutable sobre la cuestión de la vocación. Lo que me propuse fue simplemente meditar, a la luz de la fe, algunos aspectos de la llamada de Dios, como medio de penetrar en el misterio de su amor. Habrán notado una presencia multiforme de citas y referencias, bíblicas, hagiográficas, teológicas (eclesiológicas y pastorales), cuyo único deseo era remitir al lector a los fundamentos de la cuestión antropológica-vocacional.

Además, el libro plantea el problema de la identificación vocacional y se dirige tanto a todos los bautizados como a toda persona de buena voluntad. Es una reflexión dedicada tanto a los jóvenes en búsqueda de orientación vocacional, como a los que ya han iniciado su camino en seminarios o noviciados, así como a los que están en camino de consagración definitiva al Señor, y a los que quisieran encontrar al Señor en sus vidas. Aquí está mi solicitud hacia todos mis hermanos y hermanas, a través de mis oraciones y mi ánimo para que permanezcan fieles al Señor en las decisiones que tomarán durante su vida. El itinerario que se ha desarrollado a lo largo de este trabajo ha consistido en una visión general de la teología, la antropología y la psicología de la vocación. Esta alianza entre las tres ciencias me ha permitido comprender mejor y compartir con los lectores los diferentes aspectos estructurales vinculados al proceso de discernimiento vocacional. Al final de este viaje, quisiera recordar que la gracia de la vocación, la tarea de discernimiento de la llamada, la decisión de lanzarse al abismo como Simón Pedro y sus compañeros, y también el proceso de interiorización de esta llamada, son los factores que guían y orientan toda aventura vocacional.

Quisiera dejar claro que la vocación es un don de Dios y que solo la gracia divina es la brújula definitiva. Esto se revela esencialmente en la autocomunicación de Dios a su pueblo, desde Abraham hasta el niño de hoy. Esta autocomunicación establece una alianza entre las dos partes: la llamada libre de Dios y la respuesta libre del hombre. Por eso, toda persona que se sienta llamada debe tener siempre presentes las palabras de Jesús: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he designado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca”. Entonces, todo lo que pidáis a mi Padre en mi nombre, os lo dará. (Jn 15:16). Tomar la vocación como un don de Dios que actúa y transforma nuestra vida

es esencial en el discernimiento. De este modo, podemos pasar de nuestras preocupaciones personales a las del mundo, como Simón Pedro, que pasó de sus preocupaciones profesionales por el bienestar personal y familiar a la otra etapa de pescador de hombres, en la que en adelante se preocupará por el mundo que le ha sido confiado. Esta transición del yo egocéntrico al nosotros desinteresado y humanista solo es posible si cada persona se abre a la gracia divina para escuchar la llamada del Señor. Esto es lo que he llamado “pedagogía de la vocación”.

Sin embargo, ningún camino vocacional, aunque sea movido por la gracia de Dios, está exento de dificultades u obstáculos. Por el contrario, estas dificultades y obstáculos forman parte del camino de interiorización de la llamada que resuena en lo más íntimo del hombre. Simón Pedro lo experimentó cuando expresó por primera vez su escepticismo ante las palabras de Jesús que le ordenaba salir a mar abierto: “Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada...” (Lc 5,5). (Lc 5,5), responde a Jesús. (La respuesta de Simón Pedro nos muestra que la Palabra del Señor es exigente. Sin embargo, al final, demostrará que se adhiere a la voz que le habla y se expresará con palabras que cambiarán definitivamente su destino y confiará: “... En tu palabra echaré mis redes. (Lc 5,5). Responder a la llamada del Señor es, sin duda, el lugar por excelencia para experimentar a Dios y descubrir su proyecto sobre la humanidad. Todos estamos llamados a emprender un camino para ser signos de la presencia indefectible del Dios del amor en el mundo, hasta el punto de que “todas las obras de Dios en favor de la humanidad pueden resumirse en una palabra: Amor”⁷². Y si Dios es Amor, no se puede decir que la tarea de discernimiento vocacional esté concluida hasta que no se traduzca en la manifestación concreta de este amor en el corazón del mundo. Esta misión se expresó también en la experiencia de San José de Calasanz, fundador de la Orden de las Escuelas Pías en las calles de Roma hace más de cuatro siglos, asegurando el futuro de los niños más pobres del Trastévere, enseñándoles conocimientos intelectuales y espirituales y acompañándolos hacia la creación de un mundo más justo.

72 MARIA ESTHER POSADA – ANNA COSTA e al, *La Sapienza della vita. Lettere di Maria Domenica Mazzarello*, (Lettera n° 40,1), SEI, Torino, 1994, p. 12.

Por lo tanto, ahora confío mis esfuerzos al poder del Espíritu Santo, que me ha guiado, iluminado y facultado para completar este libro. Lo que sé es que la tarea era grande y seria. Esta reflexión que os ofrezco hoy es el fruto de un largo camino, marcado a veces por la aridez y el cansancio y también por los condicionamientos de una vida de sacerdote, formador y estudiante. La pluma que tomé para escribir estas líneas, la dejé rezando al “Señor de la mies para que envíe obreros a su mies” (Mt 9,38), porque “el Señor de la mies es el que enviará obreros a su mies”. (Mt 9,38) porque “la mies es abundante, pero los obreros son pocos” (Mt 9,37).

Referencias bibliográficas

Fuentes bíblicos

Traduzione ecumenica della Bibbia, tr. CEI, 2007.

Biblia de Jerusalén, Nuova edición, Desclée de Brouwer, Liturgical Press, Minnesota, 2011.

Fuentes conciliares y magisteriales

Constituciones dogmáticas

VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, Ediciones Vaticanas, Roma 1964.

- Constitución dogmática *Dei Verbum*, Ediciones Vaticanas, Roma 1965.
- Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, Ediciones Vaticanas, Roma 1965.

JUAN PABLO II, *Catecismo de la Iglesia Católica*, Ediciones Vaticanas, Roma 1992.

Cartas encíclicas y apostólicas

PABLO VI, Carta encíclica *Populorum Progressio*, Ediciones Vaticanas, Roma 1967.

JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor Hominis*, Ediciones Vaticanas, Roma 1979.

- Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis*, Ediciones Vaticanas, Roma 1987.
- Carta encíclica *Redemptoris Mater*, Ediciones Vaticanas, Roma 1987.

- Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, Ediciones Vaticanas, Roma 2001.

FRANCIS, Carta apostólica *Evangelii Gaudium*, Ediciones Vaticanas, Roma 2013.

Exhortaciones apostólicas

PABLO VI, Exhortación apostólica *Marialis Cultus*, Ediciones Vaticanas, Roma 1974.

JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis*, Ediciones Vaticanas, Roma 1992.

- Exhortación apostólica post-sinodal *Vita Consecrata*, Ediciones Vaticanas, Roma 1996.

BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica *Verbum Domini*, Ediciones Vaticanas, Roma 2008.

- Exhortación apostólica post-sinodal *Africae Munus*, Ediciones Vaticanas, Roma 2011.

FRANCIS, Exhortación apostólica post-sinodal, *Christus Vivit*, Ediciones Vaticanas, Roma 2019.

Dicasterios y Comisiones

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Algunos aspectos de la Teología de la Liberación*, Ediciones Vaticanas, Roma 1984.

- *Instrucción sobre la libertad y la liberación cristianas*, Ediciones Vaticanas, Roma 1986.

CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La Virgen María en la formación intelectual y espiritual*, Ediciones Vaticanas, Roma 1988.

PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *¿Qué es el hombre? Un itinerario de antropología bíblica*, Cerf, Paris, 2020.

Mensaje Pontificio

JUAN PABLO II, *Mensaje a los jóvenes del mundo con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud*, Toronto, 28 julio 2002.

Obras

- ARISTÓTELES, *Magna Moralia*, en George Stock (Trans.), Oxford University Press, Oxford, 1972.
- ARNOLD SIMON-PIERRE, *Au risque de Jésus-Christ, une relecture des vœux*, Ed. Lessius, París, 2007.
- AUGUSTIN SAINT, *Les Soliloques, Le manuel et Les méditations de Saint Augustin*, Trad. Nouv. sur le Latin, Guillaume Desprez, París, 1696.
- BEIRNAERT LOUIS, *L'expérience chrétienne et psychologie*, De l'Epi, París, 1964.
- BOUYER LOUIS, *L'Eglise de Dieu. Corps du Christ et temple de l'Esprit*, Cerf, París, 1970.
- CARRE AMBROISE-MARIE, *Croire avec 20 personnages de l'Évangile*, Cerf, París, 2004.
- CREMONA CARLO, *Giuseppe Calasanzio - Vita avventurosa del santo inventore de la escuela para todos*, PIEMME, Roma, 2000.
- CUEVA DIONISIO, *San José de Calasanz*, Médiaspaul, París, 1997.
- DUQUE JIMÉNEZ BALDOMERO, *La mística: La experiencia del Misterio*, Edicep, Valencia, 1946.
- FEUILLET ANDRE, *Jésus et sa Mère, d'après les récits lucaniens de l'enfance et d'après Saint Jean - Le rôle de la Vierge Marie dans l'histoire du salut et la place de la femme dans l'Eglise*, Gabalda et Cie, París, 1974.
- GAUTHIER ANDRE-PIERRE, *Au risque d'un oui, un projet en fraternité*, Beauvais, 2011.
- GESCHE ADOLPHE, *Dieu pour penser l'homme*, t. 2, Cerf, París, 1993.
- GESCHE ADOLPHE (Dir.) - SCOLAS PAUL, *Et si Dieu n'existait ?* Cerf, París, 2001.
- GINER GUERRI SEVERINO, *San José de Calasanz, maestro y fundador*, BAC, Madrid, 1992.
- GLENN PAUL, *An Introduction to Philosophy*, Vail-Ballou Press, Binghamton, 1944.

- GODIN ANDRE, *Psychologie de la vocation. Un bilan*, Cerf, Paris 1975.
- KANT EMMANUEL, *La religion dans les limites de la simple raison*, Gallimard, Paris, 1794.
- LADARIA FERRER LUIS, *Teología del pecado original y de la gracia*, BAC, Madrid, 1993.
- *Mystère de Dieu, mystère de l'homme, II. Anthropologie théologique*, Cerf, Paris, 2011.
- LANNEGRACE JEAN-PAUL, *Trouver son identité profonde avec les penseurs chrétiens*, Ed. de Salvator, Paris, 2017.
- LEZAUN ANTONIO, *Historia de la Orden de las Escuelas Pías* (Manual), ECCE, Madrid, 2011.
- MARTINI CARLO MARÍA, *La vocación en la Biblia, De la vocación bautismal a la vocación presbiteral*, SEA, Madrid, 1997.
- MARTINI CARLO MARIA - VANHOYE ALBERT, *Bibbia e Vocazione*, Morcelliana, Brescia, 1983.
- MELLO ANTHONY DE, *Comme un chant d'oiseau*, Bellarmin - Desclée Brouwer, Paris, 1982.
- METZ JEAN-BAPTISTE, *La foi dans l'Eglise et dans la société. Essai de théologie fondamentale pratique*, Cerf, Paris, 1979.
- MOLTMANN JÜRGEN, *L'homme, Essai d'anthropologie chrétienne*, Cerf, Paris, 1979.
- MONDHER KILANI, *Introduction à l'anthropologie*, Payot, Lausanne, 1992.
- NODET BERNARD, *La pensée et l'âme du Curé d'Ars*, 1^a ed., Fayard, Paris, 1956.
- PANIKKAR ALEMANY RAIMON, *L'expérience de Dieu. Icônes du Mystère*, Albin Michel, Paris, 2002.
- POSADA MARIA ESTHER - COSTA ANNA et al, *La Sapienza della vita. Lettere di Maria Domenica Mazzarello*, (Lettera n° 40,1), SEI, Turín, 1994.
- ROY LOUIS, *Le sentiment de transcendance, expérience de Dieu?* Cerf. Paris, 2000.

SESBOÛE BERNARD, *L'homme, merveille de Dieu, Essai d'anthropologie christologique*, Salvator, París, 2015.

SPINELLI MARIO, *Giuseppe Calasanzio, el pionero de la escuela popular*, Città Nuova, Roma, 2001.

STOCK GEORGE (Trans.), ARISTOTLE, *Magna Moralia*, Oxford University Press, Oxford, 1972.

THERESE DE JESUS SAINTE, *Le château intérieur ou Les demeures*, 1588, traduit par AUCLAIR MARCELLE, Arbre d'Or, Suiza, 2003.

VERGOTE ANTOINE, *Psychologie religieuse*, Charles Dessart, Bruxelles, 1966.

Artículos y revistas

GREISCH JEAN, "Que puis-espérer? - Hermeneutique de la philosophie de la Religion", in *Revue des sciences religieuses (Sésame ouvre-toi)*, 93/4, París, 2019.

MASSERONI ENRICO, "Il discernimento vocazionale nella direzione spirituale", in *Quaderno CNV*, n° 3, Annuncio, proposta, accompagnamento vocazionale, EDB, Bologna 1986.

RAHNER KARL, "Théologie et anthropologie", in *Théologie d'aujourd'hui et de demain*, Cerf, París 1967.

– "Le principe fondamental d'une théologie mariale", in *Recherches de Sciences Religieuses*, XLII, 1954.

THEIS ROBERT, "Kant et l'espérance dans les limites de la raison", in *Revue de Théologie et de Philosophie*, 135/3, 2003.

Diccionarios y enciclopedias

BOUYER LOUIS, *Dictionnaire théologique*, Desclée Brower, París, 1963.

BRESCIANI CARLOS, *Diccionario de Pastoral vocacional*, Sígueme, Salamanca 2005.

DUBOST MICHEL - LALANNE STANISLAS, *Le Nouveau Théo. Encyclopédie Catholique pour tous*, Mame, París, 2009.

REYNALD GERARD (Dir.), *Dictionnaire des théologiens*, Bayard, Paris, 1998, 507p.

No publicados

ALAMA BOGOGO II Alain Guibert, “La responsabilité et ses implications : la dimension de la question”, in *The Way*, Calasanctian Editions, Bamenda, 2014.

– *L’action du Saint-Esprit dans l’Église et dans la vie chrétienne à la lumière de l’encyclique du pape Jean-Paul II “Dominum et Vivificantem”*, Université Catholique d’Afrique centrale, 2019.

AGUADO CUESTA PEDRO, *Salutatio Patris Generalis*, San Pantaleo - Roma, septembre de 2020.

